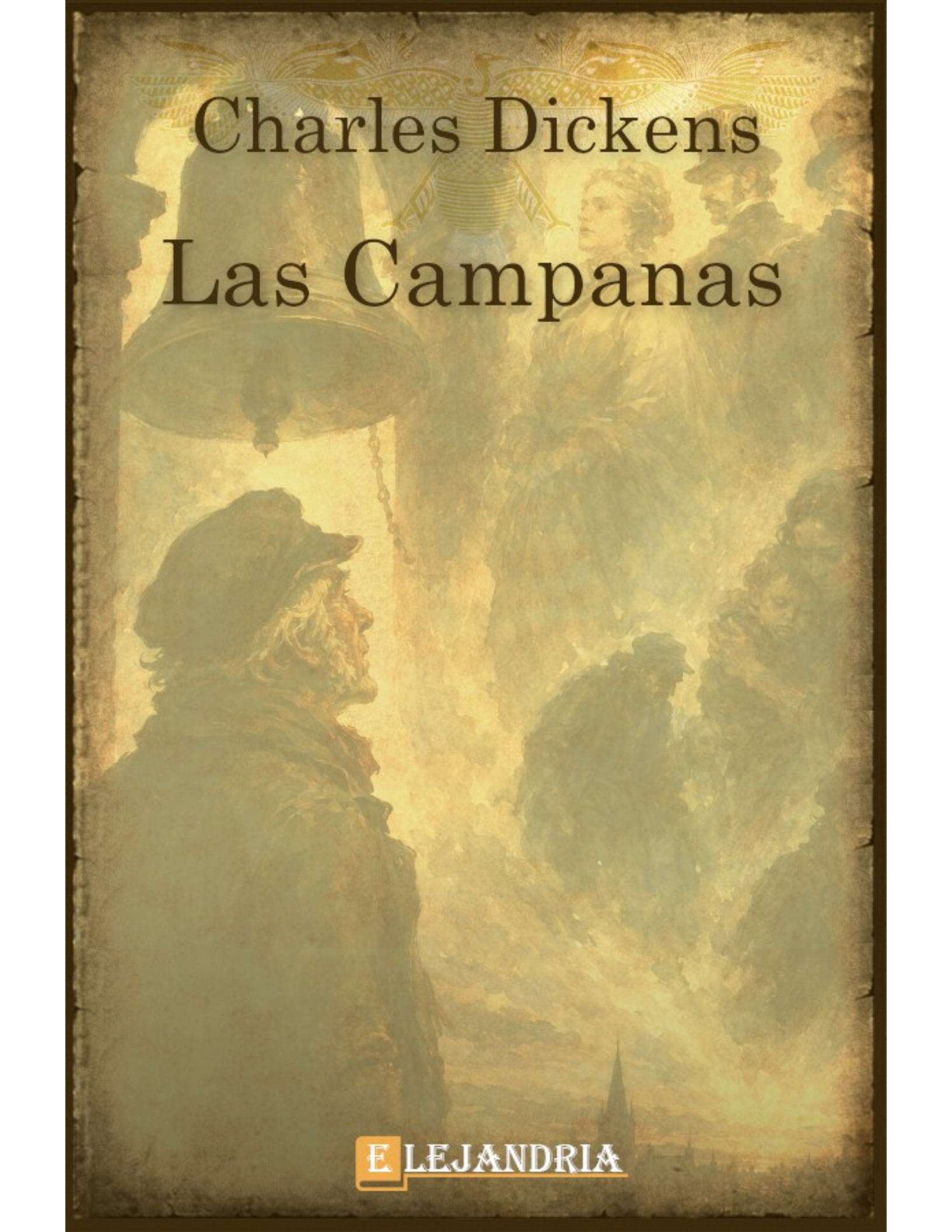




Charles Dickens

Las Campanas

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LAS CAMPANAS

CHARLES DICKENS

**PUBLICADO: 1844
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I. PRIMER CUARTO

No son muchas las personas —y como conviene que un narrador y un lector establezcan cuanto antes un entendimiento mutuo, ruego se advierta que no limito esta observación ni a los jóvenes ni a los niños, sino que la extiendo a personas de toda condición: pequeños y grandes, jóvenes y viejos, los que aún crecen y los que ya vuelven a menguar— no son muchas, digo, las personas a quienes agradaría dormir en una iglesia. No me refiero a la hora del sermón, en tiempo cálido (cosa que en efecto se ha hecho, una o dos veces), sino de noche, y a solas. Sé que una gran multitud de gentes se asombrará violentamente de esta afirmación a la luz franca y audaz del Día. Pero se aplica a la Noche. Ha de discutirse de noche, y me comprometo a sostenerla con éxito en cualquier ventosa noche de invierno que se señale al efecto, con cualquier adversario escogido entre los demás, que quiera encontrarse a solas conmigo en un viejo cementerio, ante la vieja puerta de una iglesia; y que me autorice de antemano a encerrarlo bajo llave, si ello fuera necesario para su satisfacción, hasta la mañana siguiente.

Porque el viento nocturno tiene la lúgubre costumbre de vagar una y otra vez alrededor de un edificio de esa clase, gimiendo mientras avanza; y de probar, con su mano invisible, las ventanas y las puertas; y de buscar alguna rendija por donde entrar. Y cuando ha logrado entrar, como quien no encuentra lo que busca, sea lo que fuere, gime y aúlla por volver a salir; y no contento con recorrer sigiloso las naves, y deslizarse una y otra vez en torno a las columnas, y tentar el órgano profundo, se remonta hasta el techo y se afana por desgarrar las vigas; luego se arroja desesperado sobre las losas de abajo, y pasa, murmurando, a las criptas. Al poco vuelve a subir con sigilo, y se desliza a lo largo de los muros, como si leyera, en susurros, las Inscripciones consagradas a los Muertos. Ante algunas de ellas prorrumpe

en un chillido, como riendo; y ante otras gime y llora como quien se lamenta. Tiene también un sonido fantasmal cuando se demora dentro del altar, donde parece entonar, a su modo salvaje, un cántico de Injusticias y Asesinatos cometidos, y de falsos Dioses adorados, en desafío de las Tablas de la Ley, que parecen tan limpias y tan lisas, pero están tan resquebrajadas y rotas. ¡Uf! ¡El Cielo nos guarde, sentados tan a gusto en torno al fuego! Tiene una voz terrible ese viento de Medianoche, cantando dentro de una iglesia.

¡Pero allá arriba, en el campanario! ¡Allí ruge y silba la ráfaga impura! Allá arriba, en el campanario, donde tiene libertad para ir y venir por más de un arco y tronera aéreos, y para retorcerse y enroscarse en torno a la vertiginosa escalera, y hacer girar la veleta que gime, y hacer temblar y estremecerse a la torre misma. Allá arriba, en el campanario, donde se hallan las campanas, y las barandillas de hierro están mordidas de herrumbre, y las láminas de plomo y cobre, encogidas por el tiempo cambiante, crujen y se alzan bajo la pisada desacostumbrada; y los pájaros embuten mezquinos nidos en los rincones de las viejas vigas y soleras de roble; y el polvo envejece y encanece; y las arañas moteadas, indolentes y rollizas de tan larga seguridad, se balancean ociosas de un lado a otro con la vibración de las campanas, y jamás sueltan su presa sobre esos castillos de hilo hilado en el aire, ni trepan como marineros presas de súbita alarma, ni se dejan caer al suelo para mover a toda prisa sus veinte ágiles patas y salvar la vida. Allá arriba, en el campanario de una vieja iglesia, muy por encima de la luz y el rumor de la ciudad y muy por debajo de las nubes fugitivas que la ensombrecen, está el lugar salvaje y desolado de la noche: y allá arriba, en el campanario de una vieja iglesia, moraban las Campanas de que hablo.

Eran unas Campanas viejas, creedme. Siglos atrás, estas Campanas habían sido bautizadas por obispos: tantos siglos atrás, que el registro de su bautismo se perdió mucho, mucho antes de la memoria de los hombres, y nadie conocía sus nombres. Habían tenido sus Padrinos y Madrinas, estas Campanas (por mi parte, dicho sea de paso, preferiría cargar con la responsabilidad de ser padrino de una Campana que de un Niño), y sin duda habían tenido también sus jarritas de plata. Pero el Tiempo había segado a sus padrinos, y Enrique VIII había fundido sus jarritas; y ahora colgaban, sin nombre y sin jarrita, en la torre de la iglesia.

Pero no eran mudas. Ni mucho menos. Tenían voces claras, sonoras, vigorosas y resonantes, estas Campanas; y a lo lejos y a lo ancho se las podía oír llevadas por el viento. Eran, además, unas Campanas demasiado recias para depender del capricho del viento; pues, luchando con gallardía contra él cuando este tomaba un humor adverso, vertían sus alegres notas en el oído que las escuchaba, con toda majestad; y empeñadas en hacerse oír en las noches de tormenta por alguna pobre madre que velaba a un hijo enfermo, o alguna esposa solitaria cuyo marido estaba en el mar, se les conocía a veces por haber vencido a un bramador Noroeste; sí, «hecho trizas», como decía Toby Veck; —pues aunque se empeñaran en llamarlo Trotty Veck, su nombre era Toby, y nadie podía convertirlo en otra cosa (salvo Tobías) sin una ley especial del Parlamento; habiendo sido bautizado en su día tan legalmente como las Campanas en el suyo, aunque con no tanta solemnidad ni regocijo público.

Por mi parte, confieso profesar la misma creencia que Toby Veck, pues estoy seguro de que tuvo ocasiones de sobra para formarse una opinión certera. Y lo que decía Toby Veck, lo digo yo. Y me pongo del lado de Toby Veck, aunque él sí que se pasaba de pie todo el día (y bien fatigosa era la tarea) justo a la puerta de la iglesia. En efecto, era mozo de cuerda, Toby Veck, y allí aguardaba encargos.

Y era, ciertamente, un lugar ventoso, de piel de gallina, nariz amoratada, ojos enrojecidos, pies yertos de frío y dientes castañeteantes, aquel donde esperar, en el invierno, como bien sabía Toby Veck. El viento venía desgarrándose por la esquina —sobre todo el viento del este— como si hubiera salido a propósito, expreso, desde los confines de la tierra, para arremeter contra Toby. Y con frecuencia parecía llegarle antes de lo que él esperaba, pues, tras dar la vuelta a la esquina y pasar de largo junto a Toby, giraba de pronto sobre sí mismo, como si gritara: «¡Anda, aquí está!». Al instante su delantalito blanco se le echaba sobre la cabeza como las ropas de un niño travieso, y se veía a su débil bastoncillo forcejear y luchar inútilmente en su mano, y sus piernas sufrían una agitación tremenda, y el propio Toby, todo ladeado y encarado ora hacia un lado, ora hacia otro, era tan golpeado y zarandeado, y despeinado, y acosado, y empujado, y levantado del suelo, que aquel estado de cosas distaba solo un grado de ser un verdadero milagro: el de que no se lo llevara por los aires en cuerpo entero, como a veces ocurre con una colonia de ranas o de caracoles u otras criaturas muy trans-

portables, y volviera a caer como lluvia, para gran asombro de los naturales del lugar, en algún rincón extraño del mundo donde no se conocen los mozos de cuerda.

Pero el tiempo ventoso, a pesar de tratarlo con tanta rudeza, era, después de todo, una especie de día de fiesta para Toby. Ese es el hecho. No parecía esperar tanto tiempo por seis peniques con el viento, como en otras ocasiones; el tener que pelear con aquel elemento bullicioso le distraía la atención, y lo refrescaba por completo, cuando empezaba a sentir hambre y desánimo. Una buena helada, también, o una nevada, eran todo un Acontecimiento; y de un modo u otro parecían sentarle bien — aunque habría sido difícil decir en qué sentido, Toby — . Así que el viento, la helada y la nieve, y quizá una buena y recia tormenta de granizo, eran los días señalados de Toby Veck.

El tiempo de lluvia era lo peor: aquella humedad fría, húmeda y pegajosa que lo envolvía como un gabán mojado — el único gabán que Toby poseía, o del que habría podido prescindir para mayor comodidad — . Los días de lluvia, cuando el agua caía lenta, espesa y obstinadamente; cuando la garganta de la calle, como la suya propia, estaba ahogada de niebla; cuando los paraguas humeantes pasaban y volvían a pasar, girando una y otra vez como otras tantas peonzas, entrechocándose en la acera atestada, y despidiendo un pequeño remolino de incómodas salpicaduras; cuando los canalones bramaban y los canales rebosaban ruidosamente; cuando el agua de las piedras y repisas salientes de la iglesia caía gota, gota, gota, sobre Toby, convirtiendo en puro barro en un instante el manojo de paja sobre el que se apoyaba; esos eran los días que lo ponían a prueba. Entonces sí que se podía ver a Toby, con el rostro desconsolado y alargado, atisbando ansioso desde su refugio en un ángulo del muro de la iglesia — un refugio tan mísero que en verano nunca proyectaba una sombra más gruesa que un bastón de buen tamaño sobre el pavimento soleado — . Pero al salir, un minuto después, a entrar en calor con el ejercicio, y trotar arriba y abajo una docena de veces, se animaba incluso entonces, y regresaba más animoso a su rincón.

Lo llamaban Trotty por su paso, que significaba velocidad aunque no la lograra. Quizá habría podido caminar más deprisa; lo más probable es que sí; pero quitadle su trotecillo, y Toby se habría metido en la cama y habría muerto. Le salpicaba de barro en el tiempo sucio; le costaba un mundo de fatigas; habría podido caminar con infinita mayor comodidad; pero esa era

precisamente una razón para aferrarse a él con tanta tenacidad. Anciano débil, pequeño y enjuto, era todo un Hércules, este Toby, en sus buenas intenciones. Le encantaba ganarse el dinero. Se complacía en creer —Toby era muy pobre, y no podía permitirse prescindir de un placer— que valía lo que costaba. Con un recado o un paquete pequeño de un chelín o de un chelín y seis peniques en la mano, su ánimo, siempre alto, se remontaba aún más. Mientras trotaba, solía gritar a los carteros veloces que iban delante de él, para que se apartaran del camino, creyendo devotamente que, en el curso natural de las cosas, había de alcanzarlos y arrollarlos sin remedio; y tenía una fe perfecta —pocas veces puesta a prueba— en ser capaz de cargar con cualquier cosa que un hombre pudiera levantar.

Así, incluso cuando salía de su rincón para entrar en calor en un día de lluvia, Toby trotaba. Trazando, con sus zapatos calados, una línea torcida de pisadas fangosas en el barro; y soplándose las manos atarecidas y frotándolas una contra otra, mal defendidas del frío penetrante por unas manoplas de estambre gris ya raídas, con un aposento particular solo para el pulgar, y una sala común, o taberna, para el resto de los dedos; Toby, con las rodillas dobladas y el bastón bajo el brazo, seguía trotando. Al salir a la calzada para mirar hacia el campanario cuando las Campanas resonaban, Toby seguía trotando.

Hacía esta última excursión varias veces al día, pues le hacían compañía; y cuando oía sus voces, sentía interés en alzar la vista hacia su morada, y en pensar cómo las movían, y qué martillos las golpeaban. Quizá sentía más curiosidad por estas Campanas porque había puntos de semejanza entre ellas y él. Colgaban allí, con todos los tiempos, expuestas al azote del viento y de la lluvia; encaradas tan solo hacia el exterior de todas aquellas casas; sin acercarse nunca más a los fuegos encendidos que relucían y brillaban en las ventanas, o que salían en volutas de humo por lo alto de las chimeneas; e incapaces de participar en ninguna de las cosas buenas que se pasaban constantemente por las puertas de la calle y las verjas de los sótanos a prodigiosos cocineros. En muchas ventanas iban y venían rostros: a veces bonitos, juveniles, agradables; a veces lo contrario; pero Toby no sabía más (aunque a menudo especulaba sobre estas nimiedades, parado y ocioso en las calles) de dónde venían, ni adónde iban, ni si, cuando se movían aquellos labios, se decía de él una sola palabra amable en todo el año, de lo que sabían las Campanas mismas.

Toby no era un casuista —que él supiera, al menos— y no pretendo decir que, cuando empezó a aficionarse a las Campanas, y a tejer su primera y tosca amistad con ellas hasta convertirla en algo de una trama más estrecha y delicada, pasara revista a estas consideraciones una por una, ni celebrara ninguna revisión formal ni gran desfile en sus pensamientos. Pero lo que quiero decir, y digo, es que, del mismo modo en que las funciones del cuerpo de Toby, sus órganos digestivos por ejemplo, llegaban por su propia maña, y mediante un sinfín de operaciones de las que él era del todo ignorante, y cuyo conocimiento lo habría asombrado mucho, a cierto fin; así también sus facultades mentales, sin su conocimiento ni consentimiento, pusieron en marcha todas estas ruedas y resortes, junto con otros mil, cuando obraron para producir su afecto por las Campanas.

Y aunque hubiese dicho «su amor», no habría retirado la palabra, aun cuando apenas expresara su sentimiento complicado. Pues, siendo tan solo un hombre sencillo, las revestía de un carácter extraño y solemne. Eran tan misteriosas, tan a menudo oídas y nunca vistas; tan allá arriba, tan lejanas, tan llenas de una melodía profunda y vigorosa, que las contemplaba con una especie de temor reverente; y a veces, cuando alzaba la vista hacia las oscuras ventanas en arco de la torre, casi esperaba que algo lo llamase con un gesto, algo que no era una Campana y que sin embargo era lo que tan a menudo había oído resonar en las Campanas. Con todo, Toby rechazaba con indignación cierto rumor volandero de que las Campanas estuvieran encantadas, pues ello implicaba la posibilidad de que estuvieran relacionadas con algo Maligno. En resumen, resonaban muy a menudo en sus oídos, y ocupaban muy a menudo sus pensamientos, pero siempre gozaban de su buena opinión; y con frecuencia le daba tal tortícolis de tanto mirar boquiabierto hacia el campanario donde colgaban, que después se veía obligado a dar un trote extra, o dos, para curársela.

Eso mismo era, precisamente, lo que estaba haciendo un día frío, cuando el último y soñoliento sonido de las doce, recién tocadas, zumbaba como un monstruoso y melodioso Abejorro —y desde luego nada trabajador— por todo el campanario.

—¡Hora de comer, eh! —dijo Toby, trotando de un lado a otro delante de la iglesia—. ¡Ah!

Toby tenía la nariz muy roja, y los párpados muy rojos, y parpadeaba mucho, y los hombros muy cerca de las orejas, y las piernas muy tiesas, y en conjunto se hallaba, sin duda, muy lejos, del lado helado de lo fresco.

—¡Hora de comer, eh! —repitió Toby, usando su guante de la mano derecha a modo de infantil guante de boxeo, y castigándose el pecho por tener frío—. ¡Aaah!

Tras esto, siguió trotando en silencio durante un minuto o dos.

—No hay nada —dijo Toby, arrancando de nuevo—; pero aquí se detuvo en seco en su trote, y con un rostro de gran interés y algo de alarma, se palpó la nariz cuidadosamente de arriba abajo. Era poco trecho (pues no era gran cosa como nariz) y pronto terminó.

—Creí que se me había caído —dijo Toby, echando a trotar de nuevo—. Pero está bien, de todos modos. Estoy seguro de que no podría reprochárselo si se me cayera. Bastante duro servicio presta con este tiempo tan crudo, y bien poco tiene que esperar; pues yo no tomo rapé. Bastante se la hace sufrir, pobre criatura, en el mejor de los casos; porque cuando llega a coger un olorcillo agradable (cosa que no ocurre demasiado a menudo), suele ser de la comida de algún otro, camino de casa desde la panadería.

Esta reflexión le trajo a la memoria aquella otra reflexión que había dejado sin terminar.

—No hay nada —dijo Toby— más puntual en volver que la hora de comer, y nada menos puntual en volver que la comida. Esa es la gran diferencia entre ambas cosas. Me ha llevado mucho tiempo descubrirlo. Me pregunto si a algún caballero le valdría la pena comprarme esa obserbación para los Periódicos; ¡o para el Parlamento!

Toby solo bromeaba, pues sacudió la cabeza con gravedad, en un gesto de autodesprecio.

—¡Anda, Señor! —dijo Toby—. Si los Periódicos ya están llenos de obserbaciones; y el Parlamento también. Aquí está el periódico de la semana pasada —sacándose uno muy sucio del bolsillo, y sosteniéndolo a la distancia del brazo—; ¡lleno de obserbaciones! ¡Lleno de obserbaciones! A mí me gusta saber las noticias tanto como a cualquiera —dijo Toby, despacio, doblándolo un poco más pequeño y volviendo a metérselo en el bolsillo—, pero casi me repugna leer el periódico ahora. Casi me da miedo. No sé a

qué vamos a parar los pobres. ¡El Señor quiera que vayamos a parar a algo mejor en el Año Nuevo que ya se acerca!

—¡Padre, padre! —dijo una voz agradable, muy cerca.

Pero Toby, sin oírla, siguió trotando de un lado a otro: cavilando mientras andaba, y hablando consigo mismo.

—Parece que no podemos ir bien, ni obrar bien, ni que nos hagan justicia —dijo Toby—. Yo no tuve mucha escuela, de joven; y no consigo averiguar si tenemos algún asunto que hacer sobre la faz de la tierra, o no. A veces pienso que sí debemos tenerlo... un poco; y a veces pienso que debemos de estar entrometiéndonos. A veces me hago tal lío que ni siquiera soy capaz de decidir si hay algo de bueno en nosotros, o si nacemos malos. Parece que somos unas cosas espantosas; parece que damos un montón de problemas; siempre nos están denunciando y previniéndose contra nosotros. De un modo u otro, llenamos los periódicos. ¡Hablar de un Año Nuevo! —dijo Toby, con tristeza—. Yo aguanto tan bien como cualquiera la mayor parte de las veces; mejor que muchos, porque soy fuerte como un león, y no todos los hombres lo son; pero suponiendo que realmente no tengamos derecho a un Año Nuevo... suponiendo que de verdad nos estemos entrometiendo...

—¡Padre, padre! —dijo de nuevo la voz agradable.

Esta vez Toby la oyó; se sobresaltó; se detuvo; y, acortando la mirada, que había tenido dirigida muy lejos, como buscando la respuesta en el mismísimo corazón del año que se acercaba, se encontró cara a cara con su propia hija, y mirando muy de cerca sus ojos.

Eran unos ojos radiantes. Ojos que soportarían todo un mundo de miradas antes de que se sondease su profundidad. Ojos oscuros, que devolvían el reflejo de los ojos que los escrutaban; no con destellos, ni a voluntad de su dueña, sino con un resplandor claro, sereno, honesto y paciente, que reclamaba parentesco con aquella luz que el Cielo hizo nacer. Ojos que eran hermosos y sinceros, y que resplandecían de Esperanza. Con una Esperanza tan joven y tan fresca; con una Esperanza tan animosa, vigorosa y radiante, a pesar de los veinte años de trabajo y pobreza que habían contemplado; que se convirtieron en una voz para Trotty Veck, y dijeron: «Creo que sí tenemos algún asunto aquí... un poco».

Trotty besó los labios a los que pertenecían aquellos ojos, y apretó entre las manos aquel rostro florido.

— Vaya, cariño —dijo Trotty—. ¿Qué pasa? No te esperaba hoy, Meg.

— Ni yo esperaba venir, padre —exclamó la muchacha, asintiendo con la cabeza y sonriendo mientras hablaba—. ¡Pero aquí estoy! Y no vengo sola; ¡no vengo sola!

— Pues no querrás decir —observó Trotty, mirando con curiosidad una cesta tapada que ella llevaba en la mano— que tú...

— Huélela, padre querido —dijo Meg—. ¡Solo huélela!

Trotty se disponía a levantar la tapa de inmediato, con gran prisa, cuando ella, alegremente, interpuso la mano.

— No, no, no —dijo Meg, con la alegría de una niña—. Alárgalo un poquito. Deja que levante solo la esquinita; solo la pe-que-ñi-ta es-qui-ni-ta, ¿sabes? —dijo Meg, acompañando la palabra con la acción, con la mayor delicadeza, y hablando muy bajito, como si temiera que algo dentro de la cesta la oyera—; así. Ahora. ¿Qué es eso?

Toby aspiró el olfateo más breve posible por el borde de la cesta, y exclamó extasiado:

— ¡Vaya, está caliente!

— ¡Está ardiendo! —exclamó Meg—. ¡Ja, ja, ja! ¡Está que quema!

— ¡Ja, ja, ja! —rugió Toby, dando una especie de patada—. ¡Está que quema!

— Pero ¿qué es, padre? —dijo Meg—. Vamos. Aún no has adivinado qué es. Y tienes que adivinar qué es. No pienso sacarlo hasta que adivines qué es. ¡No tengas tanta prisa! ¡Espera un momento! Un poquito más de tapa. ¡Ahora adivina!

Meg estaba en un verdadero apuro, temiendo que él acertara demasiado pronto; se echaba hacia atrás mientras le tendía la cesta; encogía sus lindos hombros; se tapaba el oído con la mano, como si con ello pudiera impedir que la palabra correcta saliera de los labios de Toby; y reía suavemente todo el tiempo.

Mientras tanto, Toby, poniendo una mano en cada rodilla, bajó la nariz hacia la cesta, y aspiró una larga bocanada por la tapa; la sonrisa en su rostro marchito se le iba ensanchando en el proceso, como si estuviera inhalando gas hilarante.

— ¡Ah! Es muy rico —dijo Toby—. No es... ¿supongo que no serán salchichones?

— ¡No, no, no! —exclamó Meg, encantada—. ¡Nada que ver con salchichones!

— No —dijo Toby, tras otro olfateo—. Es... es más suave que los salchichones. Es muy rico. Mejora a cada momento. Es demasiado marcado para ser manitas de cerdo. ¿A que sí?

Meg estaba en éxtasis. No podría haberse alejado más del blanco que con las manitas de cerdo... salvo con los salchichones.

— ¿Hígado? —dijo Toby, reflexionando consigo mismo—. No. Tiene una suavidad que no cuadra con el hígado. ¿Manitas de cerdo cocidas? No. No es lo bastante suave para eso. Le falta la fibrosidad de las crestas de gallo. Y ya sé que no son salchichas. Os voy a decir lo que es. ¡Son mondongo!

— ¡No, no lo es! —exclamó Meg, en un arrebató de dicha—. ¡No, no lo es!

— ¡Pero en qué estaré pensando! —dijo Toby, recobrando de golpe una postura tan próxima a la vertical como le era posible adoptar—. Ya se me va a olvidar mi propio nombre. ¡Son callos!

Callos eran; y Meg, con gran alegría, protestó que en medio minuto más él diría que eran los mejores callos guisados jamás hechos.

— Y así —dijo Meg, atareándose jubilosa con la cesta—, voy a poner la mesa ahora mismo, padre; pues he traído los callos en un cuenco, y he atado el cuenco en un pañuelo de bolsillo; y si por una vez quiero darme importancia, y extenderlo a modo de mantel, y llamarlo mantel, no hay ley que me lo impida, ¿verdad, padre?

— Que yo sepa, no, querida —dijo Toby—. Pero siempre andan sacando alguna ley nueva.

—Y según lo que te leí en el periódico el otro día, padre; lo que dijo el Juez, ¿sabes?; se supone que los pobres tenemos que conocerlas todas. ¡Ja, ja! ¡Qué equivocación! Madre mía, qué listos se creen que somos.

—Sí, querida —exclamó Trotty—; y le tendrían mucho cariño a cualquiera de nosotros que las conociera todas de verdad. Ese hombre engordaría con el trabajo que le saldría, y sería muy popular entre los señores de su vecindario. ¡Vaya que sí!

—Comería con apetito, quienquiera que fuese, si olía como esto —dijo Meg, alegremente—. Date prisa, que además hay una patata caliente, y media pinta de cerveza recién sacada en una botella. ¿Dónde vas a comer, padre? ¿En el Poste, o en los Escalones? Vaya, vaya, qué elegantes somos. ¡Dos sitios donde elegir!

—Los escalones hoy, cariño —dijo Trotty—. Escalones cuando hace seco. El poste cuando llueve. Los escalones son siempre más cómodos, por lo de poder sentarse; pero dan reuma con la humedad.

—Pues aquí —dijo Meg, dando palmas, tras un momento de ajetreo—; ¡aquí está, todo listo! ¡Y qué bien se ve! Ven, padre. ¡Ven!

Desde su descubrimiento del contenido de la cesta, Trotty había estado mirándola —y también hablando— con aire ausente, lo cual mostraba que, aunque ella era el objeto de sus pensamientos y de sus ojos, con exclusión incluso de los callos, no la veía ni pensaba en ella tal como estaba en aquel momento, sino que tenía ante sí algún tosco boceto o drama imaginario de su vida futura. Sacado ahora de su ensimismamiento por su alegre llamada, se sacudió un melancólico meneo de cabeza que ya empezaba a apoderarse de él, y trotó hasta su lado. Cuando se agachaba para sentarse, las Campanas repicaron.

—¡Amén! —dijo Trotty, quitándose el sombrero y alzando la vista hacia ellas.

—¿Amén a las Campanas, padre? —exclamó Meg.

—Han entrado como una bendición de mesa, querida —dijo Trotty, tomando asiento—. Estoy seguro de que dirían una buena, si pudieran. Muchas cosas amables me dicen a mí.

—¿Las Campanas, padre? —rió Meg, mientras ponía ante él el cuenco, y un cuchillo y un tenedor—. ¡Vaya!

—Eso parece, cariño —dijo Trotty, atacando la comida con gran vigor—. ¿Y qué más da? Si yo las oigo, ¿qué importa que lo digan de verdad o no? Anda, bendita seas, querida —dijo Toby, señalando la torre con el tenedor, y animándose cada vez más bajo la influencia de la comida—, cuántas veces he oído decir a esas campanas: *¡Toby Veck, Toby Veck, ten buen ánimo, Toby! ¡Toby Veck, Toby Veck, ten buen ánimo, Toby!* ¿Un millón de veces? ¡Más!

—¡Vaya, no me digas! —exclamó Meg.

Y sin embargo sí se lo decía... una y otra vez. Pues era el tema constante de Toby.

—Cuando las cosas van muy mal —dijo Trotty—; muy mal de verdad, quiero decir; casi en lo peor; entonces es *¡Toby Veck, Toby Veck, pronto llegará un encargo, Toby! ¡Toby Veck, Toby Veck, pronto llegará un encargo, Toby!* Así.

—Y llega... al final, padre —dijo Meg, con un toque de tristeza en su voz agradable.

—Siempre —respondió el inconsciente Toby—. Nunca falla.

Mientras se mantenía esta conversación, Trotty no hacía pausa alguna en su ataque contra la sabrosa carne que tenía delante, sino que cortaba y comía, y cortaba y bebía, y cortaba y masticaba, y saltaba de los callos a la patata caliente, y de la patata caliente de vuelta a los callos, con un gusto untuoso e incansable. Pero al ocurrírsele ahora mirar toda la calle a su alrededor —por si alguien le hiciera señas desde alguna puerta o ventana, para un recado— sus ojos, al volver, se encontraron con los de Meg, sentada frente a él, con los brazos cruzados y ocupada tan solo en observar sus progresos con una sonrisa de felicidad.

—¡Anda, que Dios me perdone! —dijo Trotty, soltando el cuchillo y el tenedor—. ¡Palomita mía! ¡Meg! ¿Por qué no me dijiste la bestia que estaba hecho?

—¿Padre?

—Aquí sentado —dijo Trotty, en penitente explicación—, atracándome, y hartándome, y engullendo; y tú ahí delante, sin siquiera romper tu precioso ayuno, ni querer hacerlo, cuando...

—Pero si ya lo he roto, padre —interpuso su hija, riendo—, hecho añicos. Ya he comido.

—Qué tontería —dijo Trotty—. ¡Dos comidas en un día! ¡No es posible! Lo mismo podrías decirme que van a llegar juntos dos días de Año Nuevo, o que he tenido una cabeza de oro toda la vida, sin cambiarla nunca.

—Con todo, ya he comido, padre —dijo Meg, acercándose a él—. Y si sigues con la tuya, te contaré cómo y dónde; y cómo llegó a traerse tu comida; y... y algo más además.

Toby seguía pareciendo incrédulo; pero ella lo miró a la cara con sus ojos claros, y, poniéndole la mano en el hombro, le hizo señas de que siguiera mientras la carne estuviera caliente. Así que Trotty volvió a coger el cuchillo y el tenedor, y se puso a la faena. Pero mucho más despacio que antes, y sacudiendo la cabeza, como si no estuviese nada satisfecho de sí mismo.

—Comí, padre —dijo Meg, tras una breve vacilación—, con... con Richard. Su hora de comer era temprano; y como se trajo la comida cuando vino a verme, nosotros... la comimos juntos, padre.

Trotty bebió un poco de cerveza, y se relamió los labios. Luego dijo: «¡Ah!» —porque ella esperaba.

—Y Richard dice, padre... —prosiguió Meg. Luego se detuvo.

—¿Qué dice Richard, Meg? —preguntó Toby.

—Richard dice, padre... —Otra pausa.

—Richard tarda mucho en decirlo —dijo Toby.

—Pues dice, padre —continuó Meg, alzando por fin los ojos, y hablando con voz temblorosa, pero con toda claridad—, que otro año está a punto de acabarse, y de qué sirve esperar de año en año, cuando es tan poco probable que lleguemos a estar mejor de lo que estamos ahora. Dice que somos pobres ahora, padre, y seguiremos siendo pobres entonces, pero que somos jóvenes ahora, y los años nos harán viejos antes de que nos demos cuenta. Dice que si esperamos —la gente de nuestra condición— hasta ver el

camino con toda claridad, el camino será, en verdad, muy estrecho: el camino común, la Tumba, padre.

Un hombre más audaz que Trotty Veck habría tenido que echar mano de mucha audacia para negarlo. Trotty guardó silencio.

— Y qué duro, padre, envejecer, y morir, y pensar que podríamos habernos alegrado y ayudado el uno al otro. Qué duro, en toda nuestra vida, amarnos el uno al otro; y sufrir, separados, viéndonos trabajar, cambiar, envejecer y encanecer. Aunque lograra vencerlo, y lo olvidara (cosa que jamás podría), ay, padre querido, qué duro tener un corazón tan lleno como el mío ahora, y vivir para verlo agotarse gota a gota, lentamente, sin el recuerdo de un solo momento feliz en la vida de una mujer que quede para consolarme y hacerme mejor.

Trotty permaneció completamente quieto. Meg se secó los ojos, y dijo, más alegremente: es decir, con una risa aquí, y un sollozo allá, y aquí una risa y un sollozo juntos:

— Así que Richard dice, padre; como ayer se le aseguró trabajo para bastante tiempo, y como yo lo quiero, y lo he querido tres años cumplidos — ¡ah, más de eso, si él lo supiera! — , que si me casaré con él el día de Año Nuevo; el mejor y más feliz día, dice él, de todo el año, y uno que casi con toda seguridad trae consigo buena fortuna. Es un plazo corto, padre... ¿verdad que sí?... pero no tengo una fortuna que arreglar, ni vestidos de novia que hacerme, como las grandes señoras, padre, ¿verdad que no? Y me dijo tanto, y lo dijo a su manera; tan firme y sincero, y en todo momento tan bondadoso y tierno; que le dije que vendría a hablar contigo, padre. Y como esta mañana me pagaron el dinero de aquel trabajo mío (¡de lo más inesperado, te lo aseguro!), y como tú lo has pasado muy mal toda la semana, y como no pude evitar desear que hubiera algo que hiciera de este día una especie de fiesta también para ti, además de un día querido y feliz para mí, padre, preparé un pequeño obsequio y te lo traje para darte una sorpresa.

— ¡Y mira cómo lo deja enfriándose en el escalón! — dijo otra voz.

Era la voz de este mismo Richard, que se había acercado a ellos sin ser visto, y estaba de pie ante el padre y la hija, mirándolos con un rostro tan encendido como el hierro sobre el que a diario resonaba su recio martillo de fragua. Era un mozo apuesto, bien plantado y fornido; con ojos que centel-

leaban como las gotas al rojo vivo de un fuego de fundición; cabello negro que se le rizaba de un modo singular en las sienas morenas; y una sonrisa —una sonrisa que confirmaba el elogio de Meg sobre su estilo de conversación.

—¡Mirad cómo lo deja enfriándose en el escalón! —dijo Richard—. Meg no sabe lo que le gusta. ¡Qué va!

Trotty, todo acción y entusiasmo, alzó de inmediato la mano hacia Richard, y se disponía a dirigirle la palabra con gran prisa, cuando la puerta de la casa se abrió sin previo aviso, y un lacayo estuvo a punto de meter el pie en los callos.

—¡Fuera de aquí, hala! ¡Siempre han de venir ustedes a sentarse en nuestros escalones, no es cierto! ¡Nunca pueden ir a importunar a ningún vecino, no pueden! ¿Van a despejar el paso, o no?

Hablando con propiedad, esta última pregunta estaba de más, pues ya lo habían hecho.

—¿Qué pasa, qué pasa? —dijo el caballero para quien se había abierto la puerta; saliendo de la casa con aquel paso ligero y pesado a la vez —ese peculiar compromiso entre el andar y el trotecillo— con que un caballero situado en la suave cuesta abajo de la vida, calzando botas que crujen, luciendo cadena de reloj y ropa blanca impecable, puede salir de su casa: no solo sin merma alguna de su dignidad, sino con aire de tener importantes y lucrativos compromisos en otra parte—. ¡Qué pasa! ¡Qué pasa!

—Siempre le están a uno rogando, y suplicando, de rodillas se lo suplican a usted —dijo el lacayo con gran énfasis a Toby Veck—, que deje en paz nuestros escalones. ¿Por qué no los deja en paz? ¿Es que NO PUEDE dejarlos en paz?

—¡Bueno, ya basta, ya basta! —dijo el caballero—. ¡Eh, usted! ¡Mozo! —haciendo señas con la cabeza a Toby Veck—. Venga aquí. ¿Qué es eso? ¿Su comida?

—Sí, señor —dijo Toby, dejándola atrás en un rincón.

—No la deje ahí —exclamó el caballero—. Tráigala aquí, tráigala aquí. ¡Vaya! ¿Conque esta es su comida?

—Sí, señor —repitió Toby, mirando con ojo fijo y boca hecha agua el trozo de callos que había reservado como último y delicioso bocado; que el caballero iba ahora dando vueltas y más vueltas en la punta del tenedor.

Con él habían salido otros dos caballeros. Uno era un caballero de mediana edad y ánimo abatido, de complexión magra y rostro desconsolado; que llevaba las manos continuamente metidas en los bolsillos de sus escasos pantalones de sal y pimienta, muy abultados y con las esquinas dobladas por esa costumbre; y no estaba demasiado bien cepillado ni aseado. El otro, un caballero de buen tamaño, lustroso y de aspecto próspero, con levita azul de botones brillantes, y corbata blanca. Este caballero tenía el rostro muy colorado, como si una proporción indebida de la sangre de su cuerpo se le hubiese apretujado en la cabeza; lo cual quizá explicaba que tuviese también aspecto de ser bastante frío de corazón.

El que tenía en el tenedor la carne de Toby llamó al primero por el nombre de Filer; y ambos se acercaron. El señor Filer, siendo extremadamente corto de vista, se vio obligado a acercarse tanto a lo que quedaba de la comida de Toby, antes de poder distinguir qué era, que a Toby el corazón le dio un vuelco hasta la garganta. Pero el señor Filer no se lo comió.

—Esto es una variedad de alimento animal, concejal —dijo Filer, hurgándolo con pequeños pinchazos de su portaminas—, conocida comúnmente entre la población trabajadora de este país con el nombre de callos.

El concejal se rió, y guiñó un ojo; pues era un tipo jovial, el concejal Cute. ¡Ah, y también un tipo taimado! Un tipo espabilado. Al tanto de todo. Al que no se la daban con queso. ¡Muy metido en el corazón del pueblo! Los conocía, Cute los conocía. ¡Ya lo creo que sí!

—Pero ¿quién come callos? —dijo el señor Filer, mirando alrededor—. Los callos son, sin excepción, el artículo de consumo menos económico y más derrochador que los mercados de este país puedan producir en modo alguno. Se ha comprobado que la pérdida en una libra de callos, al hervirla, es siete octavos de un quinto mayor que la pérdida en una libra de cualquier otra sustancia animal. Los callos son, bien entendido, más caros que la piña de invernadero. Tomando en cuenta el número de animales sacrificados anualmente tan solo dentro del registro de mortalidad; y formando un cálculo prudente de la cantidad de callos que las reses de esos animales, razonablemente bien despiezadas, producirían; encuentro que el desperdicio en esa

cantidad de callos, de hervirse, alimentaría a una guarnición de quinientos hombres durante cinco meses de treinta y un días cada uno, y un febrero de propina. ¡El Desperdicio, el Desperdicio!

Toby se quedó horrorizado, y las piernas le temblaban debajo de él. Le parecía haber matado de hambre él solo, con sus propias manos, a una guarnición de quinientos hombres.

—¿Quién come callos? —dijo el señor Filer, acaloradamente—. ¿Quién come callos?

Toby hizo una reverencia lastimosa.

—Usted, ¿verdad? —dijo el señor Filer—. Pues le voy a decir algo. Usted arrebató sus callos, amigo mío, de la boca de las viudas y los huérfanos.

—Espero que no, señor —dijo Toby, débilmente—. ¡Antes moriría de necesidad!

—Divida la cantidad de callos antes mencionada, concejal —dijo el señor Filer—, entre el número estimado de viudas y huérfanos existentes, y el resultado será un adarme de callos para cada uno. No queda ni un grano para este hombre. En consecuencia, es un ladrón.

Toby quedó tan conmovido que no le importó nada ver al concejal terminarse los callos él mismo. De todos modos, fue un alivio librarse de ellos.

—¿Y usted qué dice? —preguntó el concejal, jocosamente, al caballero de rostro colorado y levita azul—. Ya ha oído al amigo Filer. ¿Qué dice usted?

—¿Qué se puede decir? —replicó el caballero—. ¿Qué hay que decir? ¿Quién puede interesarse por un tipo como este —refiriéndose a Toby— en unos tiempos tan degenerados como los de ahora? Mírenlo. ¡Qué espectáculo! ¡Los buenos tiempos de antaño, los grandes tiempos de antaño, los magníficos tiempos de antaño! Aquellos sí que eran tiempos para un campesinado bravo, y todo lo demás por el estilo. Aquellos eran tiempos para todo, en realidad. Hoy en día no hay nada. ¡Ah! —suspiró el caballero de rostro colorado—. ¡Los buenos tiempos de antaño, los buenos tiempos de antaño!

El caballero no precisó a qué tiempos concretos aludía; ni dijo tampoco si le disgustaban los tiempos presentes por la desinteresada conciencia de que

no habían hecho nada muy notable al producirlo a él mismo.

—Los buenos tiempos de antaño, los buenos tiempos de antaño —repitió el caballero—. ¡Qué tiempos aquellos! Eran los únicos tiempos de verdad. No sirve de nada hablar de ningún otro tiempo, ni discutir lo que es la gente en estos tiempos. Usted no llama a esto tiempos, ¿verdad? Yo no. Consulte los Trajes de Strutt, y vea lo que solía ser un mozo de cuerda, en cualquiera de los buenos reinados ingleses de antaño.

—No tenía, ni en sus mejores circunstancias, una camisa que ponerse ni una media que calzarse; y apenas había en toda Inglaterra una verdura que llevarse a la boca —dijo el señor Filer—. Puedo probarlo con tablas estadísticas.

Pero el caballero de rostro colorado seguía ensalzando los buenos tiempos de antaño, los grandes tiempos de antaño, los magníficos tiempos de antaño. Fuera lo que fuese lo que dijera cualquier otro, él seguía dando vueltas y más vueltas en torno a una misma fórmula fija de palabras sobre ellos; como una pobre ardilla que gira y gira en su jaula giratoria; teniendo del mecanismo y del truco de esta, probablemente, una idea tan distinta como la que este caballero de rostro colorado tenía de su difunto Milenio.

Es posible que la fe del pobre Toby en esos vaguísimos Tiempos de Antaño no quedara del todo destruida, pues él mismo se sentía bastante vago en aquel momento. Una cosa, sin embargo, le resultó clara en medio de su angustia; a saber, que por más que estos caballeros difirieran en los detalles, sus recelos de aquella mañana, y de tantas otras mañanas, estaban bien fundados. «No, no. No podemos ir bien ni obrar bien», pensó Toby con desesperación. «No hay nada de bueno en nosotros. ¡Nacemos malos!»

Pero Toby tenía dentro de sí un corazón de padre, que de algún modo se le había metido en el pecho a pesar de este decreto; y no podía soportar que Meg, en el sonrojo de su breve alegría, tuviera que oír leer su fortuna a estos sabios caballeros. «Dios la ayude», pensó el pobre Toby. «Ya lo sabrá bastante pronto.»

Le hizo, por tanto, señas ansiosas al joven herrero para que se la llevara. Pero este estaba tan ocupado hablándole en voz baja a poca distancia, que solo se dio cuenta de este deseo al mismo tiempo que el concejal Cute. Y es que el concejal aún no había dicho la suya, pero él también era un filósofo...

¡práctico, eso sí! Ah, muy práctico. Y, como no tenía ninguna intención de perder ni una parte de su público, gritó: «¡Alto!»

— Bueno, ¿sabe usted? — dijo el concejal, dirigiéndose a sus dos amigos, con la sonrisa de autocomplacencia que le era habitual en el rostro —, soy un hombre sencillo, y un hombre práctico; y actúo de un modo sencillo y práctico. Esa es mi manera. No hay el menor misterio ni dificultad en tratar con esta clase de gente, si uno solo la entiende, y sabe hablarle en su propio estilo. ¡A ver, usted, mozo! No me diga jamás a mí, ni a nadie más, amigo mío, que no siempre tiene bastante que comer, y de lo mejor; porque yo sé más. He probado sus callos, ¿sabe?, y no me puede usted «tomar el pelo». ¿Entiende lo que significa «tomar el pelo»? Esa es la expresión correcta, ¿verdad? ¡Ja, ja, ja! Que Dios los bendiga — dijo el concejal, volviéndose de nuevo hacia sus amigos —, es la cosa más fácil del mundo tratar con esta clase de gente, si uno la entiende.

¡Famoso hombre para la gente común, el concejal Cute! ¡Jamás se enfadaba con ellos! ¡Caballero afable, campechano, bromista, entendido!

— Ya ve, amigo mío — prosiguió el concejal —, se dicen muchas tonterías sobre la Necesidad... «estar a la cuarta pregunta», ¿sabe?; esa es la expresión, ¿verdad? ¡Ja, ja, ja!... y tengo la intención de Suprimirla. Hay cierta cantidad de palabrería de moda sobre el Hambre, y pienso Suprimirla. ¡Eso es todo! Que Dios los bendiga — dijo el concejal, volviéndose de nuevo hacia sus amigos —, se puede Suprimir cualquier cosa entre esta clase de gente, si uno sabe cómo ponerse a ello.

Toby cogió la mano de Meg y se la pasó por su brazo. Aunque no parecía saber lo que hacía.

— ¿Su hija, eh? — dijo el concejal, dándole a Meg un cariñoso golpecito bajo la barbilla.

¡Siempre afable con las clases trabajadoras, el concejal Cute! ¡Sabía lo que les agradaba! ¡Ni pizca de orgullo!

— ¿Dónde está su madre? — preguntó aquel digno caballero.

— Muerta — dijo Toby —. Su madre planchaba ropa blanca; y fue llamada al Cielo cuando ella nació.

—No para planchar ropa blanca allí, supongo —observó el concejal, jocosamente.

Puede que Toby fuera, o no, capaz de separar a su esposa en el Cielo de sus antiguas ocupaciones. Pero cabe preguntarse: si la señora del concejal Cute hubiera ido al Cielo, ¿se habría imaginado el señor concejal Cute que ella ostentaba allí algún rango o posición?

—¿Y usted la está cortejando, eh? —dijo Cute al joven herrero.

—Sí —replicó Richard rápidamente, pues la pregunta lo había picado—. Y vamos a casarnos el día de Año Nuevo.

—¡Cómo dice! —exclamó Filer con brusquedad—. ¡Casarse!

—Pues sí, lo estamos pensando, amo —dijo Richard—. Tenemos bastante prisa, ¿sabe usted?, no sea que lo Supriman antes.

—¡Ah! —exclamó Filer, con un gemido—. Suprima eso sí que sí, concejal, y habrá hecho algo. ¡Casarse! ¡¡Casarse!! La ignorancia de estas gentes en los primeros principios de la economía política; su imprevisión; su maldad; es, ¡por los Cielos!, suficiente para... ¡Mire esa pareja, hágame el favor!

¿Y bien? Merecía la pena mirarlos. Y el matrimonio parecía un acto tan razonable y justo como cualquiera que pudieran tener en mente.

—Un hombre puede llegar a vivir tanto como Matusalén —dijo el señor Filer—, y puede trabajar toda su vida en beneficio de gentes como estas; y puede amontonar hechos sobre cifras, hechos sobre cifras, hechos sobre cifras, montañas enteras y bien secas; y no puede tener más esperanza de convencerlos de que no tienen derecho ni motivo para casarse, que esperanza de convencerlos de que no tienen ningún derecho terrenal ni motivo para nacer. Y eso ya sabemos que no lo tienen. ¡Lo reducimos a una certeza matemática hace mucho tiempo!

El concejal Cute se divirtió muchísimo, y se llevó el índice derecho al costado de la nariz, como diciendo a sus dos amigos: «¡Fíjense en mí! ¡No pierdan de vista al hombre práctico!»; y llamó a Meg para que se acercara.

—¡Venga aquí, muchacha! —dijo el concejal Cute.

La sangre joven de su prometido había ido subiendo, colérica, en los últimos minutos; y no estaba dispuesto a dejarla acercarse. Pero, conteniéndose, dio un paso adelante en cuanto Meg se acercó, y se quedó a su lado. Toby seguía con la mano de ella pasada por su brazo, pero miraba de rostro en rostro tan desatinadamente como un durmiente en un sueño.

— Bueno, le voy a dar un par de palabras de buen consejo, muchacha — dijo el concejal, con su agradable desenfado—. Me corresponde dar consejos, ¿sabe?, porque soy Juez de Paz. Ya sabe usted que soy Juez de Paz, ¿verdad?

Meg dijo tímidamente: «Sí». Pero todo el mundo sabía que el concejal Cute era Juez de Paz. Vaya, ¡y siempre tan activo como juez! ¿Quién como Cute, motita de brillo tan luminosa a ojos del público?

— Va usted a casarse, según dice — prosiguió el concejal—. ¡Muy impropio e indelicado en alguien de su sexo! Pero no importa. Una vez casada, reñirá con su marido y acabará convertida en una esposa desdichada. Puede que crea que no; pero así será, porque yo se lo digo. Ahora bien, le advierto lealmente que tengo decidido Suprimir a las esposas desdichadas. Así que no se me presente delante. Tendrá usted hijos... varones. Esos varones, naturalmente, crecerán mal criados, y correrán descalzos y en harapos por las calles. ¡Tenga cuidado, jovencita! Los condenaré a todos sumariamente, sin excepción, porque estoy decidido a Suprimir a los muchachos descalzos y sin medias. Puede que su marido muera joven (lo más probable) y la deje con un bebé. Entonces la echarán de su casa, y andará vagando de un lado a otro por las calles. Pues bien, no vague usted cerca de mí, querida, porque estoy resuelto a Suprimir a todas las madres vagabundas. A todas las madres jóvenes, de toda clase y condición, tengo decidido Suprimirlas. No piense en alegarme una enfermedad como excusa; ni a los bebés como excusa; porque a todos los enfermos y a todos los niños de corta edad (espero que conozca usted el servicio religioso, aunque me temo que no) estoy decidido a Suprimirlos. Y si intenta, desesperada, e ingrata, e impía, y fraudulentamente intenta, ahogarse, o ahorcarse, no tendré compasión de usted, porque tengo decidido Suprimir todo suicidio. Si hay una cosa — dijo el concejal, con su sonrisa de autocomplacencia— sobre la que pueda decirse que tengo más decidida mi opinión que sobre cualquier otra, es Suprimir el suicidio. Así que no lo intente. Esa es la expresión, ¿verdad? ¡Ja, ja! Ahora nos entendemos.

Toby no sabía si sentirse angustiado o aliviado al ver que Meg se había puesto mortalmente pálida, y había soltado la mano de su prometido.

— Y en cuanto a usted, buen mentecato — dijo el concejal, volviéndose hacia el joven herrero con un ánimo y una urbanidad aún mayores —, ¿en qué está pensando para querer casarse? ¿Para qué quiere usted casarse, so tonto? Si yo fuera un mozo apuesto y fornido como usted, me avergonzaría de ser tan pusilánime como para atarme a las faldas de una mujer. ¡Pues si ella será ya una vieja antes de que usted llegue a mediana edad! ¡Y menuda figura hará usted entonces, con una esposa desastrada y un tropel de chiquillos berreando tras usted a todas partes!

¡Ah, bien sabía él tomarle el pelo al pueblo llano, el concejal Cute!

— ¡Vamos! Váyase de aquí — dijo el concejal —, y arrepíentase. No haga el ridículo casándose el día de Año Nuevo. Pensará usted muy distinto de todo esto, mucho antes del próximo Año Nuevo: un mozo tan apuesto como usted, con todas las chicas mirándole. ¡Vamos! ¡Váyase de aquí!

Se fueron. No del brazo, ni de la mano, ni intercambiando miradas radiantes; sino ella en lágrimas; él, sombrío y cabizbajo. ¿Eran estos los corazones que tan poco antes habían hecho que el desmayado ánimo del viejo Toby diese un brinco? No, no. El concejal (¡bendita sea su cabeza!) los había Suprimido.

— Ya que se encuentra usted aquí — dijo el concejal a Toby —, va a llevarme una carta. ¿Puede ser rápido? Es usted un anciano.

Toby, que había estado mirando tras Meg como atontado, se las arregló para murmurar que era muy rápido, y muy fuerte.

— ¿Qué edad tiene? — inquirió el concejal.

— Paso de los sesenta, señor — dijo Toby.

— ¡Vaya! Este hombre supera con mucho la edad media, ¿sabe? — exclamó el señor Filer, interviniendo como quien pone a prueba su paciencia, pero esto ya era llevar las cosas demasiado lejos.

— Siento que estoy entrometiéndome, señor — dijo Toby —. Ya... ya lo sospechaba esta mañana. ¡Ay, madre mía!

El concejal lo interrumpió dándole la carta que llevaba en el bolsillo. Toby habría recibido también un chelín; pero como el señor Filer demostró con toda claridad que, en ese caso, robaría a cierto número determinado de personas nueve peniques y medio a cada una, solo recibió seis peniques; y se dio por muy contento de recibir eso.

Entonces el concejal ofreció un brazo a cada uno de sus amigos, y se alejó muy ufano; pero al instante regresó apresuradamente, solo, como si hubiera olvidado algo.

— ¡Mozo! —dijo el concejal.

— ¡Señor! —dijo Toby.

— Cuide bien de esa hija suya. Es demasiado guapa.

«Hasta su buena figura estará robada a alguien, supongo», pensó Toby, mirando los seis peniques en su mano, y pensando en los callos. «No me extrañaría que hubiera ido y robado a quinientas señoras un poco de lozanía a cada una. ¡Qué cosa más espantosa!»

— Es demasiado guapa, buen hombre —repitió el concejal—. Lo más probable es que acabe mal, lo veo con claridad. Fíjese en lo que le digo. ¡Cuide de ella! Dicho lo cual, se alejó de nuevo apresuradamente.

— Todo mal. ¡Todo mal, de todas formas! —dijo Toby, juntando las manos—. Nacidos malos. ¡Sin nada que hacer aquí!

Las Campanas irrumpieron estrepitosamente en cuanto pronunció estas palabras. Plenas, sonoras y resonantes... pero sin aliento alguno. No, ni una gota.

— Ha cambiado la tonada —exclamó el anciano, escuchando—. No hay ni una palabra de toda aquella fantasía en ella. ¿Y por qué habría de haberla? No tengo nada que ver con el Año Nuevo, ni tampoco con el viejo. ¡Que me muera!

Y sin embargo las Campanas, repicando sus mudanzas, hacían girar el aire mismo. *¡Suprimidlos, suprimidlos! ¡Buenos tiempos de antaño, buenos tiempos de antaño! ¡Hechos y cifras, hechos y cifras! ¡Suprimidlos, suprimidlos!* Si decían algo, decían esto, hasta que la cabeza de Toby quedó dando vueltas.

Se apretó la cabeza aturdida entre las manos, como para impedir que se le partiera en dos. Un gesto oportuno, según resultó; pues, al encontrar la carta en una de ellas, y al verse así recordado de su encargo, cayó, mecánicamente, en su trote habitual, y se alejó trotando.

CAPÍTULO II. SEGUNDO CUARTO

La carta que Toby había recibido del concejal Cute iba dirigida a un gran hombre del gran distrito de la ciudad. El distrito más grande de la ciudad. Debía de ser el distrito más grande de la ciudad, porque sus habitantes lo llamaban comúnmente «el mundo». La carta le parecía a Toby, sin duda, más pesada en la mano que otra carta cualquiera. No porque el concejal la hubiese sellado con un escudo de armas muy grande y una cantidad enorme de lacre, sino por el peso del nombre que llevaba el sobrescrito, y la ponderosa cantidad de oro y plata con que iba asociado.

«¡Qué diferente de nosotros!», pensó Toby, con toda sencillez y seriedad, mientras miraba las señas. «Que dividan las tortugas vivas de las listas de mortalidad entre el número de señores que pueden comprarlas, ¿y qué parte toma él sino la suya propia? En cuanto a arrebatarle a nadie los callos de la boca... ¡eso lo tendría por vergüenza!»

Con el homenaje involuntario debido a un personaje tan encumbrado, Toby interpuso una punta de su delantal entre la carta y los dedos.

«Sus hijos —dijo Trotty, y una bruma se alzó ante sus ojos—; sus hijas... Los caballeros pueden conquistar sus corazones y casarse con ellas; pueden ser esposas y madres felices; pueden ser hermosas como mi querida M-e...»

No pudo terminar el nombre. La última letra se le hinchó en la garganta hasta alcanzar el tamaño del alfabeto entero.

«No importa —pensó Trotty—. Yo sé lo que quiero decir. Con eso me basta y me sobra.» Y con esta reflexión consoladora, siguió trotando.

Aquel día helaba con fuerza. El aire era vigorizante, cortante y limpio. El sol invernal, aunque incapaz de dar calor, brillaba alegremente sobre el

hielo que era demasiado débil para derretir, y le prestaba un resplandor radiante. En otras ocasiones, Trotty habría podido aprender de aquel sol invernal una lección de pobre; pero ahora eso ya había quedado atrás para él.

Aquel día el Año era viejo. El paciente Año había vivido a través de los reproches y los abusos de sus detractores, y había cumplido fielmente su tarea. Primavera, verano, otoño, invierno. Había trabajado a lo largo de su ciclo señalado, y ahora reclinaba su cabeza fatigada para morir. Excluido de la esperanza, del impulso elevado, de la felicidad activa, él mismo, pero mensajero activo de tantas alegrías para los demás, apelaba en su ocaso a que se recordasen sus jornadas de esfuerzo y sus horas pacientes, y a morir en paz. Trotty habría podido leer en el año que se apagaba una alegoría de pobre; pero ahora eso ya había quedado atrás para él.

¿Y solo él? ¿O se ha hecho jamás semejante súplica, con setenta años caídos de una vez sobre la cabeza de un jornalero inglés, y en vano?

Las calles rebosaban de movimiento, y los escaparates lucían sus mejores galas. Al Año Nuevo, como a un Heredero infantil del mundo entero, se le aguardaba con bienvenidas, regalos y regocijos. Había libros y juguetes para el Año Nuevo, baratijas relucientes para el Año Nuevo, vestidos para el Año Nuevo, planes de fortuna para el Año Nuevo; nuevos inventos para entretenerlo. Su vida estaba repartida en almanaques y agendas; la llegada de sus lunas, sus estrellas y sus mareas se conocía de antemano hasta el minuto; todo el funcionamiento de sus estaciones, en sus días y sus noches, estaba calculado con tanta precisión como el señor Filer sabía hacer sumas con hombres y mujeres.

El Año Nuevo, el Año Nuevo. ¡Por todas partes el Año Nuevo! Al Año Viejo ya se le daba por muerto; y sus efectos se vendían baratos, como los objetos de a bordo de algún marinero ahogado. Sus modelos eran los del año pasado, y se liquidaban a pérdida antes de que se le hubiese ido el aliento. ¡Sus tesoros no eran más que basura, comparados con las riquezas de su sucesor aún no nacido!

Trotty no tenía parte, a su entender, ni en el Año Nuevo ni en el Viejo.

«¡Suprimidlos, suprimidlos! ¡Hechos y cifras, hechos y cifras! ¡Los buenos tiempos de antaño, los buenos tiempos de antaño! ¡Suprimidlos, suprimidlos!» Su trote seguía ese compás, y no se avenía a ningún otro.

Pero incluso ese compás, melancólico como era, lo llevó, a su debido tiempo, al final de su camino. A la mansión de sir Joseph Bowley, miembro del Parlamento.

Le abrió la puerta un portero. ¡Menudo portero! No de la clase de Toby. Cosa bien distinta. Su empleo, desde luego, era de los buenos; no como el de Toby.

Este portero tuvo que resollar bastante antes de poder hablar, pues se había quedado sin aliento al levantarse imprudentemente de su silla, sin tomarse antes tiempo para pensarlo y serenar el ánimo. Cuando por fin encontró la voz —cosa que le llevó un buen rato, porque la tenía muy lejos, sepultada bajo una carga de carne—, dijo en un susurro rollizo:

—¿De parte de quién?

Toby se lo dijo.

—Tiene usted que llevarla dentro personalmente —dijo el portero, señalando una habitación al fondo de un largo pasillo que arrancaba del vestíbulo—. Hoy, en este día del año, todo entra derecho. No llega usted ni un pelo antes de tiempo, porque el carruaje está ya a la puerta, y solo han venido a la ciudad un par de horas, apostá.

Toby se limpió los pies (que ya estaban del todo secos) con gran esmero, y siguió el camino que le habían señalado; observando de paso que era una casa tremendamente grandiosa, pero silenciosa y cubierta con fundas, como si la familia estuviese en el campo. Llamó a la puerta de la habitación, le dijeron que entrara, y al hacerlo se encontró en una espaciosa biblioteca, donde, junto a una mesa cubierta de legajos y papeles, había una señora imponente con toca; y un caballero de negro no demasiado imponente que escribía al dictado de ella; mientras que otro caballero, más viejo y mucho más imponente, cuyo sombrero y bastón descansaban sobre la mesa, iba y venía con una mano en el pecho, y de cuando en cuando miraba con complacencia su propio retrato —de cuerpo entero; de un cuerpo entero muy generoso— que colgaba sobre la chimenea.

—¿Qué es esto? —dijo el último de los caballeros—. Señor Fish, ¿tendría usted la bondad de atender?

El señor Fish pidió disculpas, y tomando la carta de manos de Toby, se la entregó con gran respeto.

—Del concejal Cute, sir Joseph.

—¿Es esto todo? ¿No tiene usted nada más, portero? —preguntó sir Joseph.

Toby respondió que no.

—¿No trae usted ninguna factura ni reclamación contra mí —mi nombre es Bowley, sir Joseph Bowley— de nadie, de ningún tipo? —dijo sir Joseph—. Si la trae, preséntela. Ahí, junto al señor Fish, hay un talonario de cheques. Yo no permito que se arrastre nada al Año Nuevo. En esta casa, toda clase de cuentas se saldan al cierre del año viejo. De modo que si la muerte hubiera de... de...

—Cercenar —sugirió el señor Fish.

—Cortar, señor —replicó sir Joseph, con gran aspereza—, el hilo de la existencia... mis asuntos se encontrarían, espero, en un estado de perfecta preparación.

—¡Mi querido sir Joseph! —dijo la señora, que era mucho más joven que el caballero—. ¡Qué cosa tan espantosa!

—Lady Bowley —replicó sir Joseph, perdiendo pie de cuando en cuando, como en la gran profundidad de sus reflexiones—, en esta época del año debemos pensar en... en nosotros mismos. Debemos examinar nuestras... nuestras cuentas. Debemos sentir que cada retorno de un período tan trascendental en los asuntos humanos entraña una cuestión de hondo calado entre un hombre y su... y su banquero.

Sir Joseph pronunció estas palabras como si sintiera toda la moralidad de lo que decía; y deseaba que hasta Trotty tuviese ocasión de mejorar con tal discurso. Posiblemente tenía este fin en mente cuando se abstenía aún de romper el sello de la carta, y le decía a Trotty que esperase donde estaba, un minuto.

—Deseaba usted que el señor Fish dijera, milady... —observó sir Joseph.

—Creo que el señor Fish ya lo ha dicho —replicó su esposa, echando un vistazo a la carta—. Pero, a fe mía, sir Joseph, no creo que pueda dejarlo pasar, después de todo. Es tan carísimo.

—¿Qué es lo que es caro? —preguntó sir Joseph.

— Esa obra de beneficencia, querido. Solo conceden dos votos por una suscripción de cinco libras. ¡Es realmente monstruoso!

— Lady Bowley —replicó sir Joseph—, me sorprende usted. ¿Está el lujo del sentimiento en proporción al número de votos; o está, para una mente rectamente constituida, en proporción al número de solicitantes, y al saludable estado de ánimo al que su solicitud los reduce? ¿No hay una emoción de la más pura clase en tener dos votos que repartir entre cincuenta personas?

— Para mí no, lo reconozco —replicó la señora—. A una la aburre. Además, una no puede complacer a todos sus conocidos. Pero usted es el Amigo del Pobre, ya se sabe, sir Joseph. Usted piensa de otro modo.

— Soy el Amigo del Pobre —observó sir Joseph, dirigiendo una mirada al pobre allí presente—. Como tal, puedo ser objeto de burlas. Como tal, lo he sido. Pero no pido otro título.

«¡Que Dios lo bendiga, qué noble caballero!», pensó Trotty.

— No estoy de acuerdo con Cute, por ejemplo, en esto —dijo sir Joseph, tendiendo la carta—. No estoy de acuerdo con el partido de Filer. No estoy de acuerdo con ningún partido. Mi amigo el Pobre no tiene nada que ver con cosas de esa clase, y nada de esa clase tiene nada que ver con él. Mi amigo el Pobre, en mi distrito, es asunto mío. Ningún hombre ni cuerpo de hombres tiene derecho a interponerse entre mi amigo y yo. Esa es la postura que adopto. Asumo un carácter... paternal hacia mi amigo. Yo le digo: «Buen hombre, le trataré paternalmente.»

Toby escuchaba con gran gravedad, y empezó a sentirse más a gusto.

— Su único asunto, buen hombre —prosiguió sir Joseph, mirando a Toby con aire distraído—, su único asunto en la vida es conmigo. No necesita usted molestarse en pensar en nada. Yo pensaré por usted; yo sé lo que le conviene; soy su padre perpetuo. ¡Tal es la disposición de una Providencia omnisapiente! Ahora bien, el designio de su creación no es que usted se atiborre, y se hinche, y asocie sus placeres, brutalmente, con la comida — Toby pensó con remordimiento en los callos—; sino que sienta usted la Dignidad del Trabajo. Salga erguido al alegre aire de la mañana, y... y déntegase ahí. Viva con dureza y con templanza, sea respetuoso, ejercite su abnegación, saque adelante a su familia con casi nada, pague su alquiler con

la regularidad de un reloj, sea puntual en sus tratos (yo le doy buen ejemplo; encontrará usted al señor Fish, mi secretario de confianza, con una caja de caudales delante en todo momento); y puede usted confiar en que yo seré su Amigo y su Padre.

— ¡Vaya criaturas encantadoras, sir Joseph! —dijo la señora, con un estremecimiento—. ¡Reumatismos, y fiebres, y piernas torcidas, y asma, y toda clase de horrores!

— Milady —replicó sir Joseph, con solemnidad—, no por eso dejo de ser el Amigo y el Padre del Pobre. No por eso dejará él de recibir aliento de mis manos. Cada día de cuarto se le pondrá en comunicación con el señor Fish. Cada día de Año Nuevo, mis amigos y yo beberemos a su salud. Una vez al año, mis amigos y yo nos dirigiremos a él con el más hondo sentimiento. Una vez en su vida, acaso llegue incluso a recibir, en público, en presencia de la gentry, una Menudencia de un Amigo. Y cuando, ya sin el sostén de estos estímulos y de la Dignidad del Trabajo, se hunda en su cómoda tumba, entonces, milady —aquí sir Joseph se sonó la nariz—, seré Amigo y Padre —en los mismos términos— de sus hijos.

Toby estaba profundamente conmovido.

— ¡Oh! ¡Qué familia tan agradecida tiene usted, sir Joseph! —exclamó su esposa.

— Milady —dijo sir Joseph, con gran majestad—, es sabido que la ingratitud es el pecado de esa clase. No espero otra recompensa.

«¡Ah! ¡Malos de nacimiento! —pensó Toby—. Nada nos ablanda.»

— Lo que un hombre puede hacer, yo lo hago —prosiguió sir Joseph—. Cumpro con mi deber de Amigo y Padre del Pobre; y me esfuerzo por educar su mente, inculcándole en toda ocasión la única gran lección moral que esa clase necesita. A saber: la Dependencia total de mi persona. No tienen ellos nada que ver con... con ellos mismos. Si personas malvadas y aviesas les dicen otra cosa, y se vuelven impacientes y descontentos, y se hacen culpables de conducta insubordinada y de negra ingratitud —lo cual sin duda sucede—, yo sigo siendo su Amigo y su Padre. Así está Ordenado. Está en la naturaleza de las cosas.

Con esa gran sentencia, abrió la carta del concejal, y la leyó.

—¡Muy cortés y atento, desde luego! —exclamó sir Joseph—. Milady, el concejal tiene la amabilidad de recordarme que ha tenido «el distinguido honor» —es usted muy amable— de conocerme en casa de nuestro común amigo Deedles, el banquero; y me hace el favor de preguntarme si me sería grato que se Suprimiera a Will Fern.

—¡*Grato* en extremo! —replicó lady Bowley—. ¡El peor de todos ellos! Habrá cometido un robo, espero.

—Pues no —dijo sir Joseph, consultando la carta—. No exactamente. Por muy poco. No del todo. Parece que vino a Londres a buscar empleo (tratando de mejorar de condición... esa es su historia), y al encontrarlo dormido de noche en un cobertizo, fue detenido y llevado a la mañana siguiente ante el concejal. El concejal observa (muy acertadamente) que está decidido a Suprimir esta clase de cosas; y que si me sería grato que se Suprimiera a Will Fern, tendrá el gusto de empezar con él.

—Que sirva de escarmiento, desde luego —replicó la señora—. El invierno pasado, cuando introduje el picado y el ojalado entre los hombres y los muchachos del pueblo, como una agradable ocupación para las tardes, y compuse los versos,

Oh, amemos nuestras ocupaciones, bendigamos al señor y sus relaciones, vivamos de nuestras raciones, y conozcamos siempre nuestras posiciones,

puestos en música según el nuevo sistema, para que las cantaran mientras trabajaban; pues bien, este mismo Fern —todavía lo veo— se tocó el sombrero y dijo: «Humildemente pido perdón a milady, pero ¿no soy yo algo distinto de una niña grande?» Ya me lo esperaba, por supuesto; ¡qué puede esperarse sino insolencia e ingratitud de esa clase de gente! Pero eso no viene al caso. ¡Sir Joseph! ¡Que sirva de escarmiento!

—¡Ejem! —tosió sir Joseph—. Señor Fish, si tiene usted la bondad de atender...

El señor Fish tomó al instante la pluma, y escribió al dictado de sir Joseph.

«Confidencial. Mi querido señor: Le quedo muy agradecido por su cortesía en el asunto del tal William Fern, del que, lamento añadir, nada puedo decir en su favor. Siempre me he considerado, respecto de él, a la luz de su Amigo y Padre, pero he sido pagado (caso frecuente, me apena decir-

lo) con ingratitud, y con constante oposición a mis planes. Es un espíritu turbulento y rebelde. Su carácter no resiste la investigación. Nada logrará persuadirlo de ser feliz cuando podría serlo. En estas circunstancias, me parece, lo confieso, que cuando comparezca de nuevo ante usted (como me informó que prometió hacer mañana, en espera de sus averiguaciones, y creo que en esto puede confiarse en él), su reclusión por algún breve período como vagabundo prestaría un servicio a la sociedad, y constituiría un ejemplo saludable en un país donde —en atención a quienes son, en la buena y en la mala fama, los Amigos y Padres del Pobre, así como con vistas a esa clase, por lo general extraviada, en sí misma— los ejemplos son sumamente necesarios. Y quedo, etc.»

—Parece —observó sir Joseph, después de firmar la carta, mientras el señor Fish la sellaba— como si esto estuviese Ordenado: de veras. Al cierre del año, cierro mi cuenta y ajusto mi balance, ¡incluso con William Fern!

Trotty, que hacía rato había recaído en su desánimo y estaba muy alicaído, dio un paso al frente con expresión compungida para recoger la carta.

—Con mis saludos y mi agradecimiento —dijo sir Joseph—. ¡Espere!

—¡Espere! —repitió el señor Fish.

—Habría oído usted, quizá —dijo sir Joseph, con tono de oráculo—, ciertas observaciones a las que me he visto llevado respecto del solemne período en que nos hallamos, y el deber que se nos impone de arreglar nuestros asuntos y estar preparados. Habrá observado usted que no me amparo tras mi posición superior en la sociedad, sino que el señor Fish —ese caballero— tiene un talonario de cheques a su lado, y está aquí, de hecho, para permitirme dar vuelta a una página enteramente nueva, y entrar en la época que se avecina con las cuentas saldadas. Ahora bien, amigo mío, ¿puede usted ponerse la mano sobre el corazón y decir que también usted ha hecho sus preparativos para un Año Nuevo?

—Me temo, señor —balbució Trotty, mirándolo con humildad—, que voy... voy un poco atrasado con el mundo.

—¡Atrasado con el mundo! —repitió sir Joseph Bowley, con un tono de terrible claridad.

—Me temo, señor —titubeó Trotty—, que le debo a la señora Chickenstalker cosa de diez o doce chelines.

—¡A la señora Chickenstalker! —repitió sir Joseph, en el mismo tono de antes.

—Una tienda, señor —exclamó Toby—, de artículos generales. Y también... un poco de dinero por cuenta del alquiler. Muy poco, señor. No debería deberlo, lo sé, ¡pero bien sabe Dios que lo hemos pasado muy mal!

Sir Joseph miró a su esposa, y al señor Fish, y a Trotty, uno tras otro, dos vueltas completas. Después hizo un gesto de abatimiento con ambas manos a la vez, como si renunciara del todo a la cuestión.

—Cómo un hombre, aun entre esta raza imprevisora e inmanejable; un hombre viejo; un hombre encanecido; puede mirar de frente a un Año Nuevo, con sus asuntos en este estado; cómo puede acostarse por la noche y levantarse de nuevo por la mañana, y... ¡Basta! —dijo, dando la espalda a Trotty—. Tome usted la carta. ¡Tome la carta!

—De todo corazón desearía que fuese de otro modo, señor —dijo Trotty, ansioso por disculparse—. Se nos ha puesto muy a prueba.

Como sir Joseph seguía repitiendo «Tome la carta, tome la carta», y el señor Fish no solo decía lo mismo, sino que reforzaba la petición señalando hacia la puerta al portador, no le quedó a Toby más remedio que hacer su reverencia y abandonar la casa. Y en la calle, el pobre Trotty se caló bien el sombrero viejo y raído, para ocultar la pena que sentía al no encontrar asidero alguno en el Año Nuevo, por ninguna parte.

Ni siquiera se levantó el sombrero para mirar hacia la torre de las Campanas cuando llegó, de vuelta, a la vieja iglesia. Se detuvo allí un instante, por costumbre: y supo que estaba oscureciendo, y que el campanario se alzaba sobre él, indistinto y débil, en el aire turbio. Sabía también que las Campanas iban a repicar de un momento a otro; y que a su imaginación, a esas horas, le sonaban como voces entre las nubes. Pero apretó el paso, más bien, para entregar la carta del concejal y quitarse de en medio antes de que empezaran; pues temía oírlas añadir «Amigos y Padres, Amigos y Padres» al estribillo que habían repicado la última vez.

Toby se descargó de su encomienda, así pues, con toda la prisa posible, y echó a trotar hacia su casa. Pero entre su paso, que en el mejor de los casos resultaba torpe en plena calle, y su sombrero, que no lo mejoraba, en menos

que canta un gallo trotó contra alguien y salió despedido, tambaleándose, hacia la calzada.

—¡Le pido perdón, desde luego! —dijo Trotty, subiéndose el sombrero con gran turbación, y entre el sombrero y el forro rasgado, encajándose la cabeza en una especie de colmena—. Espero no haberle hecho daño.

En cuanto a hacer daño a nadie, Toby no era un Sansón tan absoluto como para no ser mucho más probable que se lastimara él mismo: y, de hecho, había salido volando hacia la calzada como un volante de bádminton. Sin embargo, tenía tal opinión de su propia fuerza, que se hallaba de veras preocupado por la otra parte, y volvió a decir:

—¿Espero no haberle hecho daño?

El hombre contra el que había chocado —un hombre tostado por el sol, fibroso, de aspecto campesino, con el pelo entrecano y la barbilla áspera— lo miró fijamente un instante, como si sospechara que le estaba tomando el pelo. Pero, convencido de su buena fe, respondió:

—No, amigo. No me ha hecho daño.

—¿Ni a la niña, espero? —dijo Trotty.

—Ni a la niña —replicó el hombre—. Se lo agradezco de corazón.

Mientras lo decía, echó un vistazo a una niña pequeña que llevaba en brazos, dormida; y, protegiéndole el rostro con el extremo largo del pobre pañuelo que llevaba al cuello, siguió andando despacio.

El tono en que dijo «se lo agradezco de corazón» penetró en el corazón de Trotty. El hombre estaba tan agotado y con los pies tan doloridos, y tan sucio del camino, y miraba en torno suyo con un aire tan desamparado y extraño, que le resultaba un consuelo poder dar las gracias a alguien, por poco que fuese. Toby se quedó mirándolo mientras se alejaba, fatigado, arrastrando los pies, con el bracito de la niña prendido a su cuello.

Aquella figura de zapatos gastados —ya la mera sombra y fantasma de unos zapatos—, polainas de cuero tosco, blusón corriente y ancho sombrero de ala caída, Trotty se quedó mirándola, ciego al resto de la calle. Y al bracito de la niña, prendido a su cuello.

Antes de fundirse con la oscuridad, el viajero se detuvo; y, mirando atrás, y viendo que Trotty seguía allí, pareció indeciso entre volver o seguir adelante. Tras hacer primero una cosa y luego la otra, regresó, y Trotty le salió al encuentro a medio camino.

—Quizá pueda usted decirme —dijo el hombre con una sonrisa débil—, y si puede, estoy seguro de que lo hará, y prefiero preguntárselo a usted antes que a otro, dónde vive el concejal Cute.

—Aquí cerca —respondió Toby—. Le mostraré su casa con mucho gusto.

—Mañana debía presentarme ante él en otro sitio —dijo el hombre, acompañando a Toby—, pero me siento incómodo bajo sospecha, y quiero limpiar mi nombre, y quedar libre para ir a buscarme el pan... no sé dónde. Así que quizá me perdone que vaya a su casa esta noche.

—¡Es imposible —exclamó Toby, sobresaltado— que se llame usted Fern!

—¡Eh! —exclamó el otro, volviéndose hacia él con asombro.

—¡Fern! ¡Will Fern! —dijo Trotty.

—Ese es mi nombre —replicó el otro.

—Entonces —dijo Trotty, agarrándolo del brazo y mirando cautelosamente alrededor—, ¡por el amor de Dios, no vaya a verlo! ¡No vaya a verlo! Lo Suprimiré tan seguro como que ha nacido. ¡Venga! Suba por este callejón, y le explicaré lo que quiero decir. No vaya usted a ver a *ese hombre*.

Su nuevo conocido lo miró como si lo creyera loco, pero le hizo compañía de todos modos. Cuando quedaron a resguardo de miradas, Trotty le contó lo que sabía, y qué referencias había recibido de él, y todo lo demás.

El sujeto de aquella historia la escuchó con una calma que lo sorprendió. No la contradijo ni la interrumpió ni una sola vez. Asentía de cuando en cuando —más, al parecer, en confirmación de una historia vieja y desgastada que en refutación de ella—; y una o dos veces se echó el sombrero hacia atrás, y se pasó la mano pecosa por una frente en la que cada surco que había arado parecía haber dejado grabada su imagen en pequeño. Pero no hizo más.

—Es bastante cierto, en lo esencial —dijo—, patrón, aquí y allá podría yo separar el grano de la paja, pero dejémoslo como está. ¿Qué más da? Me he opuesto a sus planes; para desgracia mía. No puedo evitarlo; haría lo mismo mañana. En cuanto a la reputación, esos señores buscan y rebuscan, y husmean y husmean, y la quieren tan sin mancha ni mota en nosotros, antes de ayudarnos con una simple palabra buena... ¡Bueno! Espero que ellos no pierdan la buena opinión tan fácilmente como nosotros, o sus vidas son de veras estrictas, y apenas merece la pena vivirlas. Por mi parte, patrón, jamás tomé con esta mano —y la sostuvo delante de él— lo que no fuera mío; y jamás la aparté del trabajo, por duro que fuera, o por mal pagado que estuviera. ¡Que me la corte quien pueda negarlo! Pero cuando el trabajo no me mantiene como a una criatura humana; cuando mi vida es tan mala, que paso Hambre, fuera de casa y dentro de ella; cuando veo que toda una vida de trabajo empieza así, sigue así, y termina así, sin ocasión ni cambio; entonces les digo a esos señores: «¡Manténganse alejados de mí! Dejen mi cabaña en paz. Mis puertas ya están bastante oscuras sin que ustedes las oscurezcan más. No esperen que suba al Parque a contribuir al espectáculo cuando hay un Cumpleaños, o un bonito Discurso, o lo que sea. Representen sus Comedias y sus Juegos sin mí, y sean bienvenidos a ellos, y disfrútenlos. No tenemos nada que ver el uno con el otro. ¡Lo mejor es que me dejen tranquilo!»

Al ver que la niña en sus brazos había abierto los ojos, y miraba en torno suyo con asombro, se contuvo para decirle al oído una palabra o dos de tierno sinsentido, y la puso de pie en el suelo, a su lado. Luego, enrollando despacio uno de sus largos bucles una y otra vez alrededor de su tosco dedo índice, como un anillo, mientras ella se abrazaba a su pierna polvorienta, le dijo a Trotty:

—No soy un hombre de mala índole por naturaleza, creo yo; y fácil de contentar, desde luego. No le guardo rencor a ninguno de ellos. Solo quiero vivir como una criatura más del Todopoderoso. No puedo... no lo consigo... y así se ha cavado un foso entre yo y los que sí pueden y sí lo consiguen. Hay otros como yo. Los contaría usted mejor por cientos y por miles que por unidades.

Trotty sabía que decía la Verdad en esto, y sacudió la cabeza para darlo a entender.

— Así me he ganado mala fama —dijo Fern—; y me temo que no es probable que consiga una mejor. No es lícito estar de mal humor, y yo ESTOY de mal humor, aunque Dios sabe que preferiría llevar un ánimo alegre si pudiera. En fin, no creo que este concejal pueda hacerme mucho daño a *mí* mandándome a la cárcel; pero sin un amigo que hable una palabra por mí, podría hacerlo; y ya ve usted...— señalando hacia abajo con el dedo, a la niña.

— Tiene un rostro hermoso —dijo Trotty.

— ¡Pues sí! —respondió el otro en voz baja, mientras la levantaba con suavidad con ambas manos hacia la suya y la contemplaba fijamente—. Lo he pensado muchas veces. Lo pensé cuando mi hogar estaba muy frío, y la despensa muy vacía. Lo pensé la otra noche, cuando nos detuvieron como a dos ladrones. Pero ellos... ellos no deberían poner a prueba esta carita tan a menudo, ¿verdad, Lilian? ¡Eso no es del todo justo con un hombre!

Bajó tanto la voz, y la miró con un aire tan severo y extraño, que Toby, para desviar el curso de sus pensamientos, le preguntó si vivía su esposa.

— Nunca tuve esposa —replicó, sacudiendo la cabeza—. Es hija de mi hermano: una huérfana. Tiene nueve años, aunque cueste creerlo; pero ahora está cansada y agotada. Habrían cuidado de ella en el asilo de la Unión —a unas veintiocho millas de donde vivimos—, entre cuatro paredes (como cuidaron de mi viejo padre cuando ya no pudo trabajar más, aunque no les dio mucha guerra por mucho tiempo); pero la tomé yo en su lugar, y ha vivido conmigo desde entonces. Su madre tuvo una vez una amiga, aquí en Londres. Estamos tratando de encontrarla, y de encontrar trabajo también; pero es un sitio muy grande. No importa. ¡Más sitio para que paseemos, Lilly!

Al cruzar la mirada con la niña con una sonrisa que conmovió a Toby más que las lágrimas, le estrechó la mano.

— Ni siquiera sé su nombre —dijo—, pero le he abierto el corazón de par en par, porque le estoy agradecido, y con razón. Seguiré su consejo, y me mantendré alejado de ese...

— Juez —sugirió Toby.

— ¡Ah! —dijo—. Si ese es el nombre que le dan. Este juez. Y mañana probaré si hay mejor fortuna que encontrar, en algún lugar cerca de

Londres. Buenas noches. ¡Feliz Año Nuevo!

—¡Espere! —exclamó Trotty, agarrándole de la mano cuando este aflojaba el apretón—. ¡Espere! El Año Nuevo nunca podrá ser feliz para mí, si nos separamos así. El Año Nuevo nunca podrá ser feliz para mí, si veo que la niña y usted se marchan a vagar, sin saber adónde, sin un techo bajo el que guarecer la cabeza. ¡Véngase a mi casa! Soy un hombre pobre, que vive en un sitio pobre; pero puedo darles alojamiento por una noche sin que se me note lo más mínimo. ¡Véngase a mi casa! ¡Venga! ¡Yo la llevaré! —exclamó Trotty, levantando en brazos a la niña—. ¡Qué preciosidad! Llevaría veinte veces su peso, y ni me daría cuenta de que lo llevo. Dígame si voy demasiado deprisa para usted. Soy muy rápido. ¡Siempre lo he sido! —Trotty decía esto dando unos seis de sus pasos trotones por cada zancada de su fatigado compañero; y con las piernas delgadas temblándole de nuevo, bajo la carga que llevaba.

—Anda, si es ligera —dijo Trotty, trotando con la lengua tanto como con las piernas; pues no soportaba que le dieran las gracias, y temía una pausa, aunque solo fuera un instante—, ligera como una pluma. Más ligera que una pluma de pavo real... mucho más ligera. ¡Aquí estamos y aquí vamos! Doble aquí, tío Will, en la primera esquina a la derecha, y pase la bomba, y tuerza deprisa por el pasadizo a la izquierda, justo enfrente de la taberna. ¡Aquí estamos y aquí vamos! Cruce, tío Will, y cuidado con el pastelero de riñones de la esquina. ¡Aquí estamos y aquí vamos! Baje por este callejón, tío Will, y pare en la puerta negra, con «T. Veck, Mozo de Cuerda con Licencia» escrito en un rótulo; y aquí estamos y aquí vamos, y aquí estamos de verdad, tesoro mío. ¡Meg, vaya sorpresa!

Con estas palabras, Trotty, sin aliento, depositó a la niña ante su hija, en medio de la habitación. La pequeña visitante miró una sola vez a Meg; y, sin dudar de nada en aquel rostro, sino confiando en todo lo que veía en él, corrió a sus brazos.

—¡Aquí estamos y aquí vamos! —exclamó Trotty, dando vueltas por la habitación, con un nudo audible en la garganta—. ¡Aquí, tío Will, aquí hay lumbre, ya lo sabe! ¿Por qué no se acerca al fuego? ¡Ay, aquí estamos y aquí vamos! Meg, tesoro mío, ¿dónde está la tetera? Aquí está y aquí va, ¡y hervirá en un santiamén!

Trotty, en efecto, había recogido la tetera en algún punto de su alocada carrera, y ahora la ponía al fuego; mientras Meg, sentando a la niña en un rincón calentito, se arrodillaba en el suelo ante ella, le quitaba los zapatos, y le secaba los pies mojados con un paño. Y sí, también se reía de Trotty... tan a gusto, tan alegremente, que Trotty la habría bendecido allí mismo, de rodillas; porque había visto que, al entrar ellos, estaba sentada junto al fuego, llorando.

—Pero, padre —dijo Meg—. Creo que esta noche estás loco. No sé qué dirían las Campanas de eso. Pobres piececitos. ¡Qué fríos están!

—¡Oh, ya están más calientes! —exclamó la niña—. ¡Ya están bien calientes!

—No, no, no —dijo Meg—. No los hemos frotado ni la mitad de lo necesario. Estamos muy ocupadas. ¡Muy ocupadas! Y cuando terminemos con esto, te cepillaremos el pelo húmedo; y cuando eso esté hecho, le sacaremos algo de color a esa carita pálida con agua fresca; y cuando eso esté hecho, ¡estaremos tan alegres, y animadas, y felices...!

La niña, entre un arrebató de sollozos, la abrazó por el cuello; le acarició la mejilla clara con la mano; y dijo: «¡Ay, Meg! ¡Ay, querida Meg!»

La bendición de Toby no habría podido hacer más. ¡Quién podría hacer más!

—Pero, padre —exclamó Meg, tras una pausa.

—Aquí estoy y aquí voy, querida mía —dijo Trotty.

—¡Santo cielo! —exclamó Meg—. ¡Está loco! ¡Le ha puesto al hervidor la capota de la niña, y ha colgado la tapa detrás de la puerta!

—No lo hice adrede, cariño —dijo Trotty, corrigiendo apresuradamente el error—. ¿Meg, querida?

Meg se volvió hacia él y vio que se había colocado, con gran esmero, detrás de la silla de su visitante, desde donde, con muchos gestos misteriosos, sostenía en alto la moneda de seis peniques que había ganado.

—Me parece, querida —dijo Trotty—, que al entrar he visto media onza de té por ahí, en la escalera; y estoy casi seguro de que también había un

trozo de tocino. Como no recuerdo exactamente dónde estaba, iré yo mismo a ver si los encuentro.

Con este inescrutable ardid, Toby se retiró a comprar, al contado, en casa de la señora Chickenstalker, los víveres de que había hablado; y regresó al poco, fingiendo que al principio no había podido encontrarlos, a oscuras.

—Pero aquí están por fin —dijo Trotty, disponiendo el servicio de té—, ¡todo en orden! Estaba yo casi seguro de que era té, y una loncha de tocino. Y así es. Meg, tesoro, si tú preparas el té, mientras tu indigno padre tuesta el tocino, estaremos listos en un momento. Es una circunstancia curiosa —dijo Trotty, prosiguiendo con su cocina, con ayuda del tenedor de tostar—, curiosa, pero bien conocida por mis amigos, que a mí, personalmente, ni el tocino ni el té me importan nada. Me gusta ver que otros lo disfrutan —dijo Trotty, hablando muy alto, para que el hecho le quedara bien claro a su huésped—, pero a mí, como alimento, me resultan desagradables.

Y sin embargo, Trotty aspiraba el aroma del tocino chisporroteante — ¡ah! — como si le gustara; y cuando vertió el agua hirviendo en la tetera, miró con cariño hacia las profundidades de aquel acogedor caldero, y dejó que el vapor fragante se le enroscara en la nariz, y le envolviera la cabeza y el rostro en una espesa nube. Con todo, pese a todo esto, no comió ni bebió, salvo al principio mismo, un simple bocado por pura fórmula, que parecía comer con infinito deleite, pero que declaró que a él no le interesaba en absoluto.

No. La ocupación de Trotty era ver comer y beber a Will Fern y a Lilian; y la de Meg también. Y jamás espectadores de un banquete municipal o de un festín cortesano hallaron tanto deleite en ver comer a otros —aunque fuese un monarca o un papa— como aquellos dos aquella noche, contemplándolos. Meg le sonreía a Trotty, Trotty se reía de Meg. Meg meneaba la cabeza, y fingía aplaudir con las manos, aplaudiendo a Trotty; Trotty le transmitía a Meg, por señas, relatos ininteligibles de cómo, cuándo y dónde había encontrado a sus visitantes; y eran felices. Muy felices.

«Aunque —pensó Trotty, con pesar, mientras observaba el rostro de Meg— ya veo que esa boda se ha roto.»

—Ahora, le diré una cosa —dijo Trotty, después del té—. La pequeña duerme con Meg, ya lo sé.

— ¡Con la buena Meg! — exclamó la niña, acariciándola — . Con Meg.

— Eso es — dijo Trotty — . Y no me extrañaría que besara al padre de Meg, ¿verdad que sí? *Yo* soy el padre de Meg.

Trotty se llevó una alegría enorme cuando la niña se acercó tímidamente a él, y, tras besarlo, volvió a refugiarse en Meg.

— Es tan sensata como Salomón — dijo Trotty — . Aquí venimos y aquí... no, no es eso... no quiero decir eso... yo... ¿qué estaba diciendo, Meg, tesoro mío?

Meg miró hacia su huésped, que se apoyaba en la silla de ella, y, con el rostro apartado, acariciaba la cabecita de la niña, medio escondida en su regazo.

— Claro — dijo Toby — . ¡Claro! No sé de qué estoy divagando esta noche. Tengo la cabeza en las nubes, creo. Will Fern, véngase conmigo. Está usted muerto de cansancio, y deshecho por falta de descanso. Véngase conmigo. — El hombre seguía jugando con los rizos de la niña, seguía apoyado en la silla de Meg, seguía con el rostro apartado. No hablaba, pero en sus dedos, ásperos y toscos, que se cerraban y se abrían sobre el cabello rubio de la niña, había una elocuencia que lo decía todo.

— Sí, sí — dijo Trotty, respondiendo sin darse cuenta a lo que veía expresado en el rostro de su hija — . Llévatela, Meg. Llévala a la cama. ¡Ea! Ahora, Will, le enseñaré dónde va a dormir. No es gran cosa: solo un pajar; pero tener un pajar, siempre digo, es una de las grandes ventajas de vivir en unas cocheras; y hasta que estas cocheras y establos encuentren mejor arrendatario, aquí vivimos baratos. Hay heno de sobra ahí arriba, que es de un vecino; y está tan limpio como las manos que Meg pueda ponerle. ¡Ánimo! No se venga abajo. ¡Un corazón nuevo para un Año Nuevo, siempre!

La mano, liberada del cabello de la niña, había caído, temblorosa, en la mano de Trotty. Así que Trotty, hablando sin interrupción, lo condujo afuera con tanta ternura y soltura como si él mismo hubiese sido un niño. Al volver antes que Meg, escuchó un instante junto a la puerta del pequeño cuarto de esta, la habitación contigua. La niña murmuraba una sencilla Oración antes de acostarse a dormir; y cuando llegó al nombre de Meg, «Con todo cariño, con todo cariño» — así decían sus palabras — , Trotty la oyó detenerse y preguntar por el suyo.

Pasó un rato antes de que el pobre viejecillo pudiera serenarse lo bastante para avivar el fuego, y acercar su silla al hogar caliente. Pero, en cuanto lo hubo hecho, y despabilado la luz, sacó el periódico del bolsillo, y se puso a leer. Con descuido al principio, recorriendo las columnas de arriba abajo; pero muy pronto con una atención seria y triste.

Pues aquel mismo temido periódico volvió a encauzar los pensamientos de Trotty por el cauce que habían seguido todo el día, y que los sucesos de la jornada habían marcado y moldeado tan bien. El interés que le habían despertado los dos vagabundos lo había puesto, por un tiempo, en otro rumbo de pensamiento, más feliz; pero, al quedarse solo de nuevo, y al leer sobre los crímenes y violencias de la gente, recayó en su antiguo cauce.

En este estado de ánimo, llegó a un relato (y no era el primero que leía) de una mujer que había puesto sus manos desesperadas no solo sobre su propia vida, sino sobre la de su hijita. Un crimen tan terrible, y tan repugnante para su alma, dilatada por el amor a Meg, que dejó caer el periódico, y se echó hacia atrás en la silla, ¡horrorizado!

— ¡Antinatural y cruel! — exclamó Toby —. ¡Antinatural y cruel! Solo gente mala de corazón, mala de nacimiento, que no tenía nada que hacer en esta tierra, podía cometer semejantes hechos. Es demasiado cierto, todo lo que he oído hoy; demasiado justo, demasiado lleno de pruebas. ¡Somos malos!

Las Campanas recogieron esas palabras tan de repente —estallaron tan fuerte, y claras, y sonoras— que las Campanas parecieron golpearlo allí mismo, en su silla.

¿Y qué era lo que decían?

¡Toby Veck, Toby Veck, esperándote, Toby! ¡Toby Veck, Toby Veck, esperándote, Toby! Ven a vernos, ven a vernos, arrástralo hasta nosotras, arrástralo hasta nosotras, persíguelo y acósalo, persíguelo y acósalo, rómpele el sueño, rómpele el sueño! ¡Toby Veck, Toby Veck, la puerta abierta de par en par, Toby, Toby Veck, Toby Veck, la puerta abierta de par en par, Toby— y luego, con furia, de vuelta otra vez a su tañido impetuoso, resonando hasta en los ladrillos y el yeso de las paredes.

Toby escuchaba. ¡Imaginaciones, imaginaciones! Su remordimiento por haber huido de ellas aquella tarde. No, no. Nada de eso. Otra vez, otra vez,

y una docena de veces más. «¡*Persíguelo y acósalo, persíguelo y acósalo, arrástralo hasta nosotras, arrástralo hasta nosotras!*» ¡Ensondeciendo a la ciudad entera!

—Meg —dijo Trotty en voz baja, llamando suavemente a su puerta—. ¿Oyes algo?

—Oigo las Campanas, padre. Desde luego, esta noche suenan muy fuerte.

—¿Está dormida? —dijo Toby, buscando una excusa para asomarse.

—¡Tan tranquila y tan feliz! Pero todavía no puedo dejarla, padre. ¡Mira cómo me tiene cogida la mano!

—Meg —susurró Trotty—. ¡Escucha las Campanas!

Ella escuchó, con el rostro vuelto hacia él todo el tiempo. Pero no cambió en absoluto. No las entendía.

Trotty se retiró, volvió a su asiento junto al fuego, y una vez más escuchó a solas. Se quedó allí un rato.

Era imposible soportarlo; su energía era espantosa.

—Si de verdad la puerta de la torre está abierta —dijo Toby, quitándose apresuradamente el delantal, pero sin acordarse en absoluto del sombrero—, ¿qué me impide subir al campanario y salir de dudas? Si está cerrada, no necesito ninguna otra prueba. Con eso me basta.

Estaba bastante seguro, mientras se deslizaba en silencio hacia la calle, de que la encontraría cerrada y con llave, pues conocía bien aquella puerta, y tan rara vez la había visto abierta, que no podía contar más de tres veces en total. Era un portal bajo y arqueado, en el exterior de la iglesia, en un rincón oscuro detrás de una columna; y tenía unos goznes de hierro tan grandes, y una cerradura tan monstruosa, que había más gozne y cerradura que puerta.

Pero cuál no sería su asombro cuando, llegando a la iglesia con la cabeza descubierta, y metiendo la mano en aquel rincón oscuro, con un cierto recelo de que pudieran agarrársela de repente, y una temblorosa propensión a retirarla de nuevo, descubrió que la puerta, que se abría hacia afuera, ¡estaba de verdad entreabierta!

Pensó, en la primera sorpresa, en volver atrás; o en conseguir una luz, o un acompañante, pero el valor acudió en su ayuda de inmediato, y decidió subir solo.

—¿Qué tengo yo que temer? —dijo Trotty—. ¡Es una iglesia! Además, puede que los campaneros estén ahí, y se hayan olvidado de cerrar la puerta. —Así que entró, tanteando el camino a medida que avanzaba, como un ciego; porque estaba muy oscuro. Y muy silencioso, porque las Campanas callaban.

El polvo de la calle había entrado, arrastrado por el viento, en el hueco; y allí, amontonado, hacía el suelo tan blando y aterciopelado bajo el pie, que había algo sobresaltante hasta en eso. La estrecha escalera estaba, además, tan pegada a la puerta, que tropezó ya desde el primer momento; y, al golpearla con el pie y cerrarla sobre sí mismo, haciendo que rebotara pesadamente hacia atrás, ya no pudo volver a abrirla.

Esto, sin embargo, fue otra razón para seguir adelante. Trotty tanteó su camino, y siguió. ¡Arriba, arriba, arriba, y vuelta, y vuelta; y arriba, arriba, arriba; más arriba, más arriba, más arriba aún!

Era una escalera desagradable para esa clase de tanteo; tan baja y estrecha, que su mano exploradora siempre tocaba algo; y a menudo le parecía tanto un hombre, o una figura fantasmal, erguida y apartándose para dejarlo pasar sin ser descubierta, que frotaba la pared lisa hacia arriba buscando su rostro, y hacia abajo buscando sus pies, mientras un hormigueo helado le recorría todo el cuerpo. Dos o tres veces, una puerta o un nicho rompía la superficie monótona; y entonces le parecía un hueco tan ancho como la iglesia entera; y se sentía al borde de un abismo, a punto de caer de cabeza, hasta que volvía a encontrar la pared.

Todavía arriba, arriba, arriba; y vuelta y vuelta; y arriba, arriba, arriba; ¡más arriba, más arriba, más arriba aún!

Por fin, el aire sordo y sofocante empezó a refrescar: pronto se sintió bastante ventoso: pronto sopló con tal fuerza, que apenas podía tenerse en pie. Pero llegó a una ventana arqueada en la torre, a la altura del pecho, y, agarrándose con fuerza, miró hacia abajo, hacia los tejados, hacia las chimeneas humeantes, hacia la mancha y el borrón de luces (hacia el lugar donde Meg

tal vez se preguntaba dónde estaría él y lo llamaba), todo amasado junto en una levadura de niebla y oscuridad.

Aquel era el campanario donde acudían los campaneros. Se había agarrado a una de las cuerdas deshilachadas que colgaban por unas aberturas en el techo de roble. Al principio se sobresaltó, pensando que era pelo; luego tembló solo de pensar que podía despertar a la gran Campana. Las Campanas mismas estaban más arriba. Más arriba, fascinado, o cumpliendo el hechizo que se había apoderado de él, Trotty fue tanteando el camino. Ahora por escaleras de mano, y con fatiga, porque era empinado, y no demasiado seguro para apoyar los pies.

¡Arriba, arriba, arriba; y trepar y escalar; arriba, arriba, arriba; más arriba, más arriba, más arriba aún!

Hasta que, subiendo a través del suelo, y deteniéndose con la cabeza apenas levantada por encima de sus vigas, llegó entre las Campanas. Apenas era posible distinguir sus grandes formas en la penumbra; pero allí estaban. Sombrías, oscuras y mudas.

Una pesada sensación de pavor y soledad cayó al instante sobre él, al encaramarse a aquel aéreo nido de piedra y metal. La cabeza le daba vueltas y vueltas. Escuchó, y luego lanzó un salvaje «¡Eh, hola!» «¡Hola!», prolongado con tristeza por los ecos.

Mareado, confuso, sin aliento y asustado, Toby miró a su alrededor con la mirada perdida, y se desplomó, desmayado.

CAPÍTULO III. TERCER CUARTO

Negros son los nubarrones que se ciernen y turbias las aguas profundas cuando el Mar del Pensamiento, agitándose por primera vez tras la calma, entrega a sus muertos. Monstruos toscos y salvajes surgen en una resurrección prematura e imperfecta; las diversas partes y formas de cosas distintas se juntan y mezclan al azar; y cuándo, y cómo, y por qué maravillosos grados cada una se separa de las demás, y cada sentido y cada objeto de la mente recobra su forma habitual y vuelve a vivir, ningún hombre —aunque cada hombre sea todos los días el cofre de este símbolo del Gran Misterio— sabría decirlo.

Así pues, cuándo y cómo la oscuridad del campanario, negro como la noche, se trocó en luz refulgente; cuándo y cómo la torre solitaria se pobló de miríadas de figuras; cuándo y cómo el susurrado «Acósalo y dale caza», que respiraba monótonamente a través de su sueño o desvanecimiento, se convirtió en una voz que exclamaba en los oídos ya despiertos de Trotty: «Rómpele el sueño»; cuándo y cómo dejó de tener la idea perezosa y confusa de que tales cosas existían, en compañía de una multitud de otras que no existían; no hay fechas ni medios para decirlo. Pero, despierto y de pie sobre las tablas donde poco antes había estado tendido, contempló esta Visión de Duendes.

Vio la torre, adonde le habían llevado sus pasos hechizados, hormigueante de fantasmas enanos, espíritus, criaturas élficas de las Campanas. Los vio saltar, volar, dejarse caer, manar de las Campanas sin pausa. Los vio a su alrededor, en el suelo; sobre él, en el aire; trepando desde abajo por las cuerdas; mirándolo desde las macizas vigas ceñidas de hierro; atisbándolo por las rendijas y las troneras de los muros; extendiéndose cada vez más lejos de él en círculos que se ensanchaban, como las ondas del

agua ceden el paso a una enorme piedra que de pronto cae chapoteando entre ellas. Los vio de todo aspecto y de toda forma. Los vio feos, hermosos, tullidos, de exquisita hechura. Los vio jóvenes, los vio viejos, los vio afales, los vio crueles, los vio alegres, los vio adustos; los vio bailar y los oyó cantar; los vio mesarse los cabellos y los oyó aullar. Vio el aire espesado de ellos. Los vio ir y venir, sin cesar. Los vio descender cabalgando, remontarse, navegar a lo lejos, posarse cerca, todos inquietos y todos violentamente activos. La piedra, el ladrillo, la pizarra y la teja se volvieron transparentes para él como lo eran para ellos. Los vio *dentro* de las casas, atareados junto a los lechos de los durmientes. Los vio calmar a la gente en sus sueños; los vio azotarla con látigos anudados; los vio vociferar en sus oídos; los vio tocar la música más suave sobre sus almohadas; los vio alegrar a unos con cantos de pájaros y perfume de flores; los vio hacer relampaguear rostros terribles sobre el sueño turbado de otros, desde espejos encantados que llevaban en las manos.

Vio a estas criaturas, no solo entre los hombres dormidos, sino también despiertos, entregadas a ocupaciones irreconciliables entre sí, y dotadas o revestidas de las naturalezas más opuestas. Vio a uno ceñirse innumerables alas para aumentar su velocidad; a otro cargarse de cadenas y de pesos, para retardar la suya. Vio a algunos adelantar las manecillas de los relojes, a otros atrasarlas, a otros esforzarse por detener el reloj por completo. Los vio representar, aquí una ceremonia de boda, allá un funeral; en esta estancia una elección, en aquella un baile; vio, en todas partes, un movimiento incesante e infatigable.

Aturdido por la multitud de figuras cambiantes y extraordinarias, así como por el estruendo de las Campanas, que durante todo este tiempo repicaban, Trotty se aferró a un pilar de madera en busca de apoyo, y volvió su rostro pálido de un lado a otro, en mudo y estupefacto asombro.

Mientras miraba, las Campanas cesaron. ¡Cambio instantáneo! ¡Todo el enjambre se desvaneció! Sus formas se desplomaron, la rapidez los abandonó; trataron de volar, pero en el acto de caer murieron y se disolvieron en el aire. Ningún refuerzo nuevo vino a sucederlos. Un rezagado saltó bastante ágilmente desde la superficie de la Gran Campana y cayó de pie, pero estaba muerto y desaparecido antes de poder darse la vuelta. Algunos pocos de la última compañía, que habían retozado en la torre, permanecieron allí, dando vueltas y más vueltas un poco más de tiempo; pero a cada giro se

hacían más tenues, más escasos y más débiles, y pronto siguieron el camino de los demás. El último de todos fue un pequeño jorobado que se había metido en un rincón resonante, donde giraba y giraba, y flotaba solo durante largo rato; mostrando tal perseverancia que al fin quedó reducido a una piedad, y hasta a un solo pie, antes de retirarse definitivamente; pero acabó por desvanecerse, y entonces la torre quedó en silencio.

Entonces, y no antes, vio Trotty en cada Campana una figura barbada del tamaño y la estatura de la Campana misma —incomprensiblemente, una figura y a la vez la propia Campana—. Gigantesca, grave, y sombríamente atenta a él, mientras él permanecía clavado al suelo.

¡Figuras misteriosas y terribles! Sin apoyarse en nada; suspendidas en el aire nocturno de la torre, con sus cabezas cubiertas y encapuchadas fundidas con el techo en penumbra; inmóviles y sombrías. Sombrías y oscuras, aunque las veía gracias a una luz propia de ellas mismas —no había ninguna otra allí—, cada una con su mano envuelta puesta sobre su boca de duende.

No podía precipitarse alocadamente por la abertura del suelo, pues todo poder de movimiento lo había abandonado. De lo contrario lo habría hecho —sí, se habría arrojado de cabeza desde lo alto del campanario— antes que seguir viéndolos observarlo con unos ojos que habrían velado y vigilado aunque les hubieran arrancado las pupilas.

Una y otra vez, el pavor y el terror del lugar solitario, y de la noche salvaje y temible que allí reinaba, lo tocaron como una mano espectral. Su lejanía de todo auxilio; el camino largo, oscuro, tortuoso, asediado de fantasmas, que se extendía entre él y la tierra donde vivían los hombres; el hallarse tan arriba, tan arriba, tan arriba, allí donde de día ya le mareaba ver volar a los pájaros; apartado de toda la buena gente, que a tales horas estaba a salvo en su casa y dormida en su cama; todo esto lo atravesó con un frío que no era ya una reflexión, sino una sensación corporal. Entretanto, sus ojos, sus pensamientos y sus temores permanecían fijos en las figuras vigilantes; las cuales, hechas distintas de cualquier figura de este mundo por la honda penumbra y la sombra que las envolvía y las ceñía, así como por su aspecto, sus formas y su sobrenatural cernerse sobre el suelo, eran no obstante tan claramente visibles como los recios armazones de roble, los travesaños, las barras y las vigas allí dispuestos para sostener las Campanas.

Estos las cercaban, en un verdadero bosque de madera labrada; desde cuyos enredos, vericuetos y profundidades, como desde las ramas de un bosque muerto malogrado para su fantasmal uso, mantenían su vigilancia sombría y sin parpadear.

Una ráfaga de aire — ¡qué fría y qué penetrante! — llegó gimiendo a través de la torre. Cuando se apagó, la Gran Campana, o el Duende de la Gran Campana, habló.

— ¿Qué visitante es este? — dijo. La voz era grave y profunda, y a Trotty le pareció que resonaba también en las otras figuras.

— Creí que las Campanas me llamaban por mi nombre — dijo Trotty, alzando las manos en actitud suplicante—. Apenas sé por qué estoy aquí, ni cómo he venido. Llevo muchos años escuchando a las Campanas. Muchas veces me han alegrado.

— ¿Y les ha dado usted las gracias? — dijo la Campana.

— ¡Mil veces! — exclamó Trotty.

— ¿Cómo?

— Soy un hombre pobre — balbució Trotty —, y solo pude darles las gracias de palabra.

— ¿Y siempre así? — inquirió el Duende de la Campana—. ¿Nunca nos ha hecho usted mal de palabra?

— ¡No! — exclamó Trotty con vehemencia.

— ¿Nunca nos ha hecho usted un mal torpe, falso y perverso, de palabra? — prosiguió el Duende de la Campana.

Trotty estaba a punto de responder: «¡Nunca!». Pero se detuvo, turbado.

— La voz del Tiempo — dijo el Fantasma — clama al hombre: «¡Adelante!». El Tiempo existe para su avance y su mejora; para su mayor valía, su mayor felicidad, su vida mejor; para su progreso hacia esa meta que está dentro de su conocimiento y de su mirada, y fijada allí desde el período en que el Tiempo y él comenzaron. Edades de tinieblas, de maldad y de violencia han venido y se han ido — millones incontables han sufrido, han vivido y han muerto — para señalarle el camino. Quien pretenda hacerlo retroceder, o detenerlo en su curso, se enfrenta a un motor poderoso que

dejará muerto al entrometido; y será, por ese instante de detención, siempre más feroz y más desbocado.

—Que yo sepa, jamás hice tal cosa, señor —dijo Trotty—. Si lo hice, fue por puro accidente. Estoy seguro de que no lo haría a propósito.

—Quien pone en boca del Tiempo, o de sus siervos —dijo el Duende de la Campana—, un lamento por días que ya tuvieron su prueba y su fracaso, y que han dejado de ello huellas tan hondas que hasta un ciego podría verlas —un lamento que solo sirve al tiempo presente al mostrar a los hombres cuánto necesitan su ayuda cuando aún hay oídos capaces de escuchar añoranzas de semejante pasado—, quien hace esto, comete un mal. Y usted ha cometido ese mal contra nosotras, las Campanas.

El primer exceso de temor de Trotty ya se había disipado. Pero él había sentido siempre hacia las Campanas ternura y gratitud, como ya se ha visto; y al oírse acusado de haberlas ofendido tan gravemente, el corazón se le llenó de arrepentimiento y de pesar.

—Si supieran ustedes —dijo Trotty, juntando las manos con fervor—, o quizá ya lo sepan, si saben cuántas veces me han hecho compañía; cuántas veces me han animado cuando estaba abatido; cómo fueron el juguete mismo de mi pequeña Meg (casi el único que tuvo jamás) cuando su madre murió, y ella y yo nos quedamos solos... ¡no me guardarán rencor por una palabra dicha a la ligera!

—Quien oiga en nosotras, las Campanas, una sola nota que denote desdén, o rigor severo, hacia cualquier esperanza, alegría, dolor o pesar de la multitud de tantos pesares; quien nos oiga responder a cualquier credo que mida las pasiones y los afectos humanos como mide la cantidad de mísero alimento con que la humanidad puede consumirse y marchitarse; nos hace mal. ¡Ese mal nos ha hecho usted! —dijo la Campana.

—¡Lo he hecho! —dijo Trotty—. ¡Oh, perdónenme!

—Quien nos oiga hacer eco a la torpe sabandija de la tierra: a los Sofocadores de naturalezas quebrantadas y deshechas, hechas para elevarse más alto de lo que semejantes gusanos del tiempo pueden arrastrarse o concebir —prosiguió el Duende de la Campana—; quien tal hace, nos hace mal. ¡Y usted nos ha hecho mal!

—Sin querer —dijo Trotty—. Por ignorancia. ¡Sin querer!

—Por último, y sobre todo —prosiguió la Campana—, quien vuelve la espalda a los caídos y desfigurados de su especie; los abandona como cosa vil; y no sigue ni rastrea con ojos compasivos el precipicio sin vallar por el que cayeron desde el bien —aferrándose en su caída a algunos puñados y jirones de aquel suelo perdido, y asiéndose todavía a ellos cuando yacen magullados y agonizantes en el abismo de abajo—, hace mal al Cielo y al hombre, al tiempo y a la eternidad. ¡Y ese mal ha hecho usted!

—¡Compadézcanse de mí! —exclamó Trotty, cayendo de rodillas—; ¡por piedad!

—¡Escuche! —dijo la Sombra.

—¡Escuche! —exclamaron las otras Sombras.

—¡Escuche! —dijo una voz clara e infantil que a Trotty le pareció reconocer de haberla oído antes.

El órgano sonó débilmente en la iglesia de abajo. Creciendo por grados, la melodía ascendió hasta el techo y llenó el coro y la nave. Expandiéndose cada vez más, se elevó, se elevó; más y más arriba; más alta, más alta, más alta aún; despertando corazones agitados dentro de los recios macizos de roble: las campanas huecas, las puertas guarnecidas de hierro, las escaleras de piedra maciza; hasta que los muros de la torre resultaron insuficientes para contenerla, y se remontó hacia el cielo.

No es de extrañar que el pecho de un anciano no pudiera contener un sonido tan vasto y poderoso. Se desbordó de aquella débil prisión en un torrente de lágrimas; y Trotty se cubrió el rostro con las manos.

—¡Escuche! —dijo la Sombra.

—¡Escuche! —dijeron las otras Sombras.

—¡Escuche! —dijo la voz infantil.

Un solemne acorde de voces mezcladas se elevó dentro de la torre.

Era una melodía muy baja y doliente —una Endecha—, y al escucharla, Trotty oyó a su hija entre quienes cantaban.

—¡Ha muerto! —exclamó el anciano—. ¡Meg ha muerto! Su Espíritu me llama. ¡Lo oigo!

—El Espíritu de su hija llora a los muertos, y se mezcla con los muertos: esperanzas muertas, fantasías muertas, ensueños muertos de la juventud — repuso la Campana—, pero ella vive. Aprenda de su vida una verdad viva. Aprenda, de la criatura más querida de su corazón, cómo nacen los males. Vea cómo arrancan, capullo tras hoja, uno a uno, del tallo más hermoso, y sepa cuán desnudo y mísero puede quedar. ¡Sígala! ¡Hasta la desesperación!

Cada una de las sombrías figuras extendió el brazo derecho y señaló hacia abajo.

—El Espíritu de las Campanas es su compañero —dijo la figura.

—¡Vaya! ¡Está detrás de usted!

Trotty se volvió y vio... ¡a la niña! La niña que Will Fern había llevado en brazos por la calle; la niña a quien Meg había velado, pero ahora, ¡dormida!

—Yo mismo la llevé esta noche —dijo Trotty—. ¡En estos brazos!

—Muéstrenle lo que él llama a sí mismo —dijeron las oscuras figuras, todas a una.

La torre se abrió a sus pies. Miró hacia abajo y contempló su propia figura, tendida en el fondo, en la parte de fuera: aplastada e inmóvil.

—¡Ya no soy un hombre vivo! —exclamó Trotty—. ¡Muerto!

—¡Muerto! —dijeron las figuras todas juntas.

—¡Cielo santo! Y el Año Nuevo...

—Pasado —dijeron las figuras.

—¡Cómo! —exclamó, estremeciéndose—. Perdí el camino, y al venir por fuera de esta torre en la oscuridad, ¿caí... hace un año?

—¡Hace nueve años! —replicaron las figuras.

Al dar esta respuesta, retiraron sus manos extendidas; y donde habían estado sus figuras, allí estaban de nuevo las Campanas.

Y repicaron, pues su hora había llegado de nuevo. Y una vez más, vastas multitudes de fantasmas surgieron a la existencia; una vez más, se entregaron a sus incoherentes ocupaciones, como antes; una vez más, se desvanecieron cuando cesaron las Campanas, y se disolvieron en la nada.

—¿Qué son estos? —preguntó a su guía—. Si no estoy loco, ¿qué son?

—Espíritus de las Campanas. Su sonido en el aire —respondió la niña—. Toman las formas y las ocupaciones que les dan las esperanzas y los pensamientos de los mortales, y los recuerdos que estos han ido guardando.

—Y tú —dijo Trotty, desatentado—, ¿qué eres?

—¡Chis, chis! —respondió la niña—. ¡Mira aquí!

En una habitación pobre y mísera, trabajando en la misma clase de bordo que tantas y tantas veces le había visto hacer antes, se presentó ante su vista Meg, su propia y querida hija. Él no hizo esfuerzo alguno por imprimir sus besos en el rostro de ella; no trató de estrecharla contra su corazón amoroso; sabía que tales ternuras ya no eran para él. Pero contuvo el aliento tembloroso, y se enjugó las lágrimas que le cegaban, para poder mirarla; para poder, tan solo, verla.

¡Ah! Cambiada. Cambiada. La luz de su ojo claro, cuán apagada. El color, cuán desvanecido de su mejilla. Hermosa era, como siempre lo había sido, pero la Esperanza, la Esperanza, la Esperanza, ¡ah, dónde estaba la fresca Esperanza que le había hablado como una voz!

Ella alzó la vista de su labor hacia una compañera. Siguiendo su mirada, el anciano retrocedió sobresaltado.

En aquella mujer ya crecida la reconoció al instante. En el largo cabello sedoso vio los mismos rizos de siempre; en torno a los labios, aún perduraba la expresión de la niña. ¡Miren! En los ojos, ahora vueltos con interrogación hacia Meg, brillaba la misma mirada que había escudriñado aquellas facciones cuando él la llevó a casa.

¿Qué era, pues, esto que estaba a su lado?

Mirando con temor reverente su rostro, vio que en él reinaba algo: algo elevado, indefinido e impreciso, que apenas la hacía más que un recuerdo de aquella niña —como pudiera serlo aquella figura de allá—, y sin embargo era la misma: la misma: y llevaba su mismo vestido.

Escuchen. ¡Estaban hablando!

—Meg —dijo Lilian, vacilante—. ¡Cuántas veces levantas la cabeza de tu labor para mirarme!

—¿Tan cambiado tengo el aspecto que te asusta? —preguntó Meg.

—¡No, cariño! Pero tú misma sonríes al decirlo. ¿Por qué no sonreír cuando me miras, Meg?

—Sonríó. ¿No es así? —respondió, sonriéndole.

—Ahora sí —dijo Lilian—, pero no es lo habitual. Cuando crees que estoy ocupada y no te veo, pones un semblante tan ansioso y tan lleno de dudas, que apenas me atrevo a alzar los ojos. Poco motivo hay para sonreír en esta vida dura y afanosa, pero tú, en otro tiempo, eras tan alegre.

—¿Y ya no lo soy? —exclamó Meg, con un tono de extraña alarma, y se levantó para abrazarla—. ¿Te hago más pesada nuestra vida ya de por sí pesada, Lilian?

—Tú has sido lo único que le ha dado vida —dijo Lilian, besándola con fervor—; a veces, lo único que me ha hecho querer seguir viviendo así, Meg. ¡Qué trabajo, qué trabajo! Cuántas horas, cuántos días, cuántas noches largas, larguísimas, de labor sin esperanza, sin alegría, interminable... no para amontonar riquezas, no para vivir con grandeza ni con alegría, ni siquiera para vivir con lo suficiente, por tosco que fuera; sino para ganar el pan escueto; para reunir apenas lo bastante para afanarnos, y para carecer, y para mantener viva en nosotras la conciencia de nuestro duro destino. ¡Ay, Meg, Meg! —alzó la voz y entrelazó los brazos en torno a ella al hablar, como quien sufre—. ¿Cómo puede el cruel mundo seguir girando, y soportar mirar semejantes vidas?

—¡Lilly! —dijo Meg, calmándola, y apartándole el cabello del rostro húmedo—. ¡Vamos, Lilly! ¡Tú! ¡Tan bonita y tan joven!

—¡Ay, Meg! —interrumpió, sosteniéndola a distancia de un brazo y mirándola al rostro con expresión suplicante—. ¡Eso es lo peor de todo, lo peor de todo! ¡Hazme vieja, Meg! ¡Marchítame, ajáme, y líbrame de los pensamientos terribles que me tientan en mi juventud!

Trotty se volvió para mirar a su guía. Pero el Espíritu de la niña había emprendido el vuelo. Se había ido.

Tampoco él permaneció en el mismo lugar; pues sir Joseph Bowley, Amigo y Padre del Pobre, celebraba una gran fiesta en Bowley Hall, en honor del natalicio de lady Bowley. Y como lady Bowley había nacido el

día de Año Nuevo (lo cual los periódicos locales consideraban un señalamiento especial del dedo de la Providencia hacia el número Uno, como la cifra destinada a lady Bowley en la Creación), fue en un día de Año Nuevo cuando esta fiesta tuvo lugar.

Bowley Hall estaba lleno de visitantes. Allí estaba el caballero de rostro colorado, allí estaba el señor Filer, allí estaba el gran concejal Cute —el concejal Cute sentía una simpatía especial por la gente encumbrada, y había mejorado considerablemente su trato con sir Joseph Bowley gracias a su solícita carta: en efecto, se había hecho ya bastante amigo de la familia desde entonces—, y allí había muchos otros invitados. El fantasma de Trotty estaba también allí, vagando de un lado a otro, pobre espectro, con desolación, en busca de su guía.

Habría una gran cena en el Gran Salón. En ella, sir Joseph Bowley, en su célebre papel de Amigo y Padre del Pobre, pronunciaría su gran discurso. Ciertos budines de ciruela serían comidos primero, por sus Amigos e Hijos, en otro salón; y, a una señal dada, Amigos e Hijos, afluyendo entre sus Amigos y Padres, formarían una asamblea familiar, sin que quedara en ella un solo ojo varonil sin humedecerse de emoción.

Pero había de suceder más aún que esto. Más todavía. ¡Sir Joseph Bowley, Baronet y Miembro del Parlamento, iba a jugar una partida de bolos —bolos de verdad— con sus arrendatarios!

—Lo cual me recuerda —dijo el concejal Cute— los tiempos del viejo rey Enrique, el corpulento rey Enrique, el campechano rey Enrique. ¡Ah, qué carácter tan admirable!

—Desde luego —dijo el señor Filer, con sequedad—. Para casarse con las mujeres y asesinarlas. Con muchas más esposas, dicho sea de paso, de las que la media permite.

—Tú te casarás con las hermosas damas, y no las asesinarás, ¿eh? —dijo el concejal Cute al heredero de los Bowley, de doce años—. ¡Dulce muchacho! Tendremos a este caballerito en el Parlamento —dijo el concejal, sujetándolo por los hombros y poniendo el semblante lo más reflexivo que pudo— antes de que nos demos cuenta. Oiremos hablar de sus éxitos en las urnas; de sus discursos en la Cámara; de las propuestas que le harán los Gobiernos; de sus brillantes logros de toda clase; ¡ah!, apuesto a que pro-

nunciaremos nuestros pequeños discursos sobre él en el Concejo Municipal, antes de que tengamos tiempo de mirar a nuestro alrededor.

«¡Ah, qué diferencia hacen los zapatos y las medias!», pensó Trotty. Pero su corazón se enterneció hacia el niño, por el amor que sentía hacia esos mismos muchachos descalzos y sin medias, predestinados (por el concejal) a salir mal, que bien podrían haber sido los hijos de la pobre Meg.

—Richard —gemía Trotty, deambulando entre la concurrencia, de un lado a otro—; ¿dónde está? ¡No encuentro a Richard! ¿Dónde está Richard? ¡Poco probable que estuviera allí, si es que aún vivía! Pero la pena y la soledad de Trotty lo confundían; y siguió vagando entre la brillante compañía, buscando a su guía, y diciendo: «¿Dónde está Richard? ¡Muéstrenme a Richard!».

Andaba así errante cuando se encontró con el señor Fish, el secretario de confianza, presa de gran agitación.

—¡Válgame el alma! —exclamó el señor Fish—. ¿Dónde está el concejal Cute? ¿Lo ha visto alguien?

¿Verlo? ¡Ay, Dios! ¿Quién podría dejar de ver al concejal? Era tan considerado, tan afable, tenía tan presente el deseo natural de la gente por verlo, que si tenía algún defecto era el de estar constantemente Expuesto. Y dondequiera que estuvieran los grandes personajes, allí, sin duda, atraído por la simpatía natural entre las grandes almas, estaba Cute.

Varias voces exclamaron que estaba en el corro que rodeaba a sir Joseph. El señor Fish se abrió paso hasta allí; lo encontró; y lo llevó en secreto hasta una ventana próxima. Trotty se les unió. No por voluntad propia. Sintió que sus pasos eran conducidos en aquella dirección.

—Mi querido concejal Cute —dijo el señor Fish—. Un poco más hacia aquí. Ha ocurrido la circunstancia más espantosa. Acabo de recibir la noticia en este mismo instante. Creo que será mejor no informar a sir Joseph hasta que el día haya pasado. Usted conoce bien a sir Joseph, y me dará su opinión. ¡El suceso más terrible y deplorable!

—¡Fish! —replicó el concejal—. ¡Fish! Mi buen amigo, ¿qué ocurre? ¡Nada revolucionario, espero! ¿No... no habrá algún intento de interferencia con los magistrados?

—Deedles, el banquero —jadeó el secretario—. Deedles Hermanos... que debía estar aquí hoy... alto cargo en la Compañía de los Orfebres...

—¡No habrá suspendido pagos! —exclamó el concejal—. ¡No puede ser!

—Se ha pegado un tiro.

—¡Dios santo!

—Se puso una pistola de dos cañones en la boca, en su propio despacho —dijo el señor Fish—, y se voló los sesos. Sin motivo alguno. ¡Con una fortuna principesca!

—¡Fortuna! —exclamó el concejal—. Un hombre de noble hacienda. Uno de los hombres más respetables. ¡Suicidio, señor Fish! ¡Por su propia mano!

—Esta misma mañana —respondió el señor Fish.

—¡Ah, el cerebro, el cerebro! —exclamó el piadoso concejal, alzando las manos—. ¡Ah, los nervios, los nervios; los misterios de esta máquina llamada Hombre! ¡Ah, qué poco hace falta para desquiciarla: pobres criaturas que somos! Quizá una cena copiosa, señor Fish. Quizá la conducta de su hijo, que, según tengo entendido, llevaba una vida muy disipada, y tenía la costumbre de girar letras contra él sin la menor autorización. Un hombre de lo más respetable. ¡Uno de los hombres más respetables que he conocido! Un caso lamentable, señor Fish. ¡Una calamidad pública! Me haré un deber de llevar el luto más riguroso. ¡Un hombre de lo más respetable! Pero hay Uno allá arriba. Debemos someternos, señor Fish. ¡Debemos someternos!

¡Cómo, concejal! ¿Ni una palabra de Sofocamiento? Recuerde, Justicia, su alta jactancia moral y su orgullo. ¡Vamos, concejal! Equilibre esas balanzas. Écheme en este platillo, el vacío, la falta de cena, y las fuentes de la Naturaleza en alguna pobre mujer, secadas por la miseria del hambre y vueltas obstinadas ante reclamos para los cuales su prole *tiene* autoridad en la santa madre Eva. ¡Péseme los dos, usted, Daniel, que va camino del juicio, cuando llegue su día! Péselos, ante los ojos de miles de desdichados, público (no desatento) de la lúgubre farsa que usted representa. O suponiendo que se apartara usted de su sano juicio —no hay que ir tan lejos para que ocurriera— y pusiera las manos sobre esa garganta suya, advirtiéndolo a sus semejantes (si es que tiene alguno) de cómo graznan su cómoda maldad a cabezas enloquecidas y corazones deshechos. ¿Qué entonces?

Las palabras se alzaron en el pecho de Trotty, como si las hubiera pronunciado alguna otra voz dentro de él. El concejal Cute se comprometió con el señor Fish a ayudarlo a comunicar a sir Joseph la melancólica catástrofe cuando el día hubiera terminado. Luego, antes de separarse, estrechando la mano del señor Fish con amargura de alma, dijo: «¡El más respetable de los hombres!». Y añadió que apenas sabía él mismo (ni siquiera él) por qué se permitían tales aflicciones en la tierra.

—Es casi suficiente para hacer pensar a uno, si no supiera lo contrario — dijo el concejal Cute—, que a veces se produce en las cosas algún movimiento de naturaleza volcadora que afecta a la economía general del tejido social. ¡Deedles Hermanos!

La partida de bolos se desarrolló con inmenso éxito. Sir Joseph derribó los bolos con bastante destreza; el señorito Bowley también hizo su turno a una distancia más corta; y todos decían que ahora, cuando un Baronet y el Hijo de un Baronet jugaban a los bolos, el país se estaba enderezando de nuevo, tan deprisa como podía enderezarse.

A su debido tiempo se sirvió el Banquete. Trotty se dirigió involuntariamente al Salón junto con los demás, pues se sintió conducido hacia allí por un impulso más fuerte que su propia voluntad. La escena era alegre en extremo; las damas estaban muy hermosas; los visitantes, encantados, jubilosos y de buen talante. Cuando se abrieron las puertas de abajo y la gente entró en tropel, con sus trajes rústicos, la belleza del espectáculo llegó a su apogeo; pero Trotty solo murmuraba cada vez más: «¿Dónde está Richard? ¡Él debería ayudarla y consolarla! ¡No puedo ver a Richard!».

Se habían pronunciado ya algunos discursos; se había propuesto brindar por la salud de lady Bowley; sir Joseph Bowley había dado las gracias, y había pronunciado su gran discurso, demostrando con diversas pruebas que era el Amigo y Padre nato, y demás; y había ofrecido como Brindis a sus Amigos e Hijos, y a la Dignidad del Trabajo; cuando una leve alteración al fondo del Salón atrajo la atención de Toby. Tras cierta confusión, ruido y resistencia, un hombre se abrió paso entre los demás y se adelantó, solo.

No era Richard. No. Sino alguien en quien había pensado, y a quien había buscado, muchas veces. Con menos luz, habría podido dudar de la identidad de aquel hombre desgastado, tan envejecido, tan encanecido y tan

encorvado; pero con el resplandor de las lámparas sobre su cabeza nudosa y retorcida, reconoció a Will Fern en cuanto este se adelantó.

—¿Qué es esto? —exclamó sir Joseph, poniéndose en pie—. ¿Quién ha dejado entrar a este hombre? ¡Es un criminal salido de la cárcel! Señor Fish, ¿querrá usted tener la bondad...?

—¡Un minuto! —dijo Will Fern—. ¡Un minuto! Milady, usted nació este día junto con un Año Nuevo. Concédame un minuto de licencia para hablar.

Ella intercedió algo en su favor. Sir Joseph volvió a tomar asiento, con su dignidad innata.

El andrajoso visitante —pues iba vestido con miseria— recorrió con la mirada a la concurrencia, y les rindió homenaje con una humilde reverencia.

—¡Señores! —dijo—. Han brindado ustedes por el Labrador. ¡Mírenme!

—Recién salido de la cárcel —dijo el señor Fish.

—Recién salido de la cárcel —dijo Will—. Y ni la primera vez, ni la segunda, ni la tercera, ni tampoco la cuarta.

Se oyó al señor Filer observar con acritud que cuatro veces superaba con creces la media, y que debería avergonzarse de sí mismo.

—¡Señores! —repitió Will Fern—. ¡Mírenme! Ya ven que estoy en lo peor. Más allá de todo daño o perjuicio; más allá de su ayuda; pues el tiempo en que sus buenas palabras o sus buenas acciones podrían haberme hecho bien —se golpeó el pecho con la mano y sacudió la cabeza— ya se ha ido, con el aroma de las habas o el trébol del año pasado en el aire. Déjenme decir una palabra por estos —señaló a la gente trabajadora del Salón—; y ya que están reunidos, oigan por una vez la Verdad de veras dicha en voz alta.

—No hay un solo hombre aquí —dijo el anfitrión— que lo quisiera por portavoz.

—Bien puede ser, sir Joseph. Lo creo. No por eso es menos cierto, quizá, lo que digo. Quizá eso mismo sea una prueba de ello. Señores, he vivido muchos años en este lugar. Pueden ver la casita desde la cerca hundida, allá enfrente. He visto a las damas dibujarla en sus álbumes cien veces. Queda

bien en un cuadro, según he oído decir; pero en los cuadros no hace mal tiempo, y quizá sea más apta para eso que para un sitio donde vivir. ¡Bueno! Yo viví allí. Lo duro, lo amargamente duro que viví allí, no lo diré. Cualquier día del año, y todos los días, pueden juzgarlo ustedes mismos.

Hablaba como había hablado aquella noche en que Trotty lo encontró en la calle. Su voz era más honda y más ronca, y de vez en cuando temblaba; pero nunca la alzaba con pasión, y rara vez la elevaba por encima del nivel firme y severo de los hechos sencillos que exponía.

—Es más difícil de lo que ustedes creen, señores, crecer decente, vulgarmente decente, en un lugar así. Que yo creciera hecho un hombre y no una bestia, algo dice en mi favor... de lo que era entonces. De lo que soy ahora, nada puede decirse ni hacerse por mí. Ya no tengo remedio.

—Me alegro de que este hombre haya entrado —observó sir Joseph, mirando serenamente a su alrededor—. No lo molesten. Parece cosa Dispuesta por la Providencia. Es un ejemplo: un ejemplo vivo. Espero y confío, y confío plenamente, en que no se perderá para mis Amigos aquí presentes.

—Fui tirando —dijo Fern, tras un instante de silencio— de algún modo. Ni yo ni ningún otro hombre sabe cómo; pero tan penosamente, que no pude ponerle buena cara, ni fingir que era otra cosa que lo que era. Ahora bien, caballeros... ustedes, caballeros que se sientan en las Sesiones... cuando ven a un hombre con el descontento escrito en el rostro, se dicen unos a otros: «Es sospechoso. Tengo mis dudas», dicen ustedes, «sobre Will Fern. ¡Vigilen a ese sujeto!». No digo, caballeros, que no sea bastante natural, pero digo que así es; y desde esa hora, haga Will Fern lo que haga, o deje de hacer... todo es uno... todo va en su contra.

El concejal Cute se metió los pulgares en los bolsillos del chaleco y, recostándose en su silla y sonriendo, guiñó el ojo a una araña de luces cercana. Como quien dice: «¡Por supuesto! Ya se lo decía yo. ¡El clamor de siempre! Dios los bendiga, nosotros estamos al tanto de todo esto... yo y la naturaleza humana».

—Ahora, caballeros —dijo Will Fern, extendiendo las manos y sonrojándose un instante en su rostro macilento—, vean cómo están hechas sus leyes para atraparnos y darnos caza cuando llegamos a esto. Intento vivir en otro sitio. Y soy un vagabundo. ¡A la cárcel con él! Vuelvo aquí. Voy a coger

avellanas a sus bosques, y rompo —¿quién no lo hace?— una rama flexible o dos. ¡A la cárcel con él! Uno de sus guardas me ve, a plena luz del día, cerca de mi propio pedazo de huerto, con una escopeta. ¡A la cárcel con él! Tengo una palabra airada, bien natural, con ese hombre, cuando vuelvo a estar libre. ¡A la cárcel con él! Corto un palo. ¡A la cárcel con él! Como una manzana podrida o un nabo. ¡A la cárcel con él! Está a veinte millas de aquí; y al volver pido una limosna por el camino. ¡A la cárcel con él! Al final, el alguacil, el guarda... cualquiera... me encuentra donde sea, haciendo lo que sea. A la cárcel con él, pues es un vagabundo, y un presidiario conocido; y la cárcel es el único hogar que tiene.

El concejal asintió con sagacidad, como quien dice: «¡Y muy buen hogar, además!».

—¿Digo yo esto para servir a MI causa? —exclamó Fern—. ¿Quién puede devolverme mi libertad, quién puede devolverme mi buen nombre, quién puede devolverme a mi inocente sobrina? No todos los Lores y las Damas de la ancha Inglaterra. Pero, caballeros, caballeros, al tratar con otros hombres como yo, empiecen por donde se debe. Dennos, por piedad, mejores hogares cuando estamos en la cuna; dennos mejor alimento cuando trabajamos por nuestra vida; dennos leyes más benignas que nos hagan volver cuando nos torcemos; y no nos pongan la cárcel, la cárcel, la cárcel, delante, dondequiera que nos volvamos. No hay condescendencia alguna que puedan mostrar entonces al Labrador que él no acepte, tan pronto y tan agradecido como puede estarlo un hombre; pues tiene un corazón paciente, pacífico y bien dispuesto. Pero antes deben ponerle en él su espíritu legítimo; pues, ya sea un naufragio y una ruina como yo, o sea como uno de esos que están aquí ahora, su espíritu está en este momento apartado de ustedes. Devuélvanselo, señores, ¡devuélvanselo! Devuélvanselo, antes de que llegue el día en que hasta su Biblia cambie en su mente alterada, y las palabras le parezcan leerse, como a veces se han leído ante mis propios ojos... en la cárcel: «Adonde tú fueres, yo No podré ir; donde tú morares, yo No moraré; tu pueblo No será mi pueblo; ni tu Dios, mi Dios».

Se produjo un súbito revuelo y agitación en el Salón. Trotty pensó al principio que varios se habían levantado para expulsar al hombre, y que de ahí venía aquel cambio en su aspecto. Pero un instante más le mostró que la sala y toda la concurrencia habían desaparecido de su vista, y que su hija es-

taba de nuevo ante él, sentada en su labor. Pero en una buhardilla más pobre y más mísera que antes; y sin Lilian a su lado.

El bastidor en que había trabajado estaba guardado en un estante y cubierto. La silla en que ella se había sentado estaba vuelta contra la pared. En estas pequeñas cosas, y en el rostro de Meg desgastado por el dolor, había escrita toda una historia. ¡Ay! ¿quién podría dejar de leerla?

Meg forzó la vista sobre su labor hasta que la oscuridad no dejó ver ya los hilos; y cuando cerró la noche, encendió su débil vela y siguió trabajando. Su viejo padre, invisible, seguía a su lado; mirándola con ternura; amándola... ¡cuán entrañablemente la amaba!... y hablándole con voz cariñosa de los viejos tiempos y de las Campanas. Aunque él sabía, pobre Trotty, aunque él sabía que ella no podía oírlo.

Había transcurrido ya buena parte de la noche cuando llamaron a su puerta. Ella abrió. Un hombre estaba en el umbral. Un desgarrado, sombrío y borracho descuidado, consumido por la intemperancia y el vicio, con el cabello enmarañado y la barba sin afeitar en salvaje desorden; pero con algunos rastros, también, de haber sido en su juventud un hombre de buena figura y de buenas facciones.

Se detuvo hasta obtener su permiso para entrar; y ella, retirándose uno o dos pasos de la puerta abierta, lo miró en silencio y con tristeza. Trotty vio cumplido su deseo. Vio a Richard.

—¿Puedo entrar, Margaret?

—¡Sí! Entra. ¡Entra!

Fue una suerte que Trotty lo hubiese reconocido antes de que hablara; pues, de quedarle alguna duda en el ánimo, aquella voz áspera y disorde lo habría convencido de que no era Richard, sino algún otro hombre.

No había más que dos sillas en la habitación. Ella le dio la suya, y se quedó de pie a poca distancia de él, esperando oír lo que tenía que decir.

Él, sin embargo, se sentó mirando fijamente al suelo, con la mirada vacía; con una sonrisa apagada y estúpida. Un espectáculo de una degradación tan profunda, de una desesperanza tan abyecta, de una caída tan miserable, que ella se cubrió el rostro con las manos y apartó la vista, no fuera que él viese cuánto la conmovía.

Despertado por el roce de su vestido, o por algún sonido igualmente nimio, levantó la cabeza y empezó a hablar como si no hubiera habido pausa alguna desde que entró.

—¿Todavía trabajando, Margaret? Trabajas hasta tarde.

—Suelo hacerlo.

—¿Y temprano también?

—Y temprano.

—Eso decía ella. Decía que tú nunca te cansabas; o que nunca lo reconocías. Ni una sola vez, en todo el tiempo que vivisteis juntas. Ni siquiera cuando te desmayaste, entre el trabajo y el ayuno. Pero eso ya te lo dije la última vez que vine.

—Así es —respondió ella—. Y te supliqué que no me dijeras nada más; y me hiciste una promesa solemne, Richard, de que nunca lo harías.

—Una promesa solemne —repitió, con una risa boba y la mirada perdida—. Una promesa solemne. Por supuesto. ¡Una promesa solemne! Despertando, por así decirlo, al cabo de un rato, del mismo modo que antes, dijo con súbita animación:

—¿Cómo puedo evitarlo, Margaret? ¿Qué he de hacer? ¡Ha vuelto a mí otra vez!

—¡Otra vez! —exclamó Meg, juntando las manos—. ¡Ay, tanto piensa en mí! ¡Ha vuelto!

—Veinte veces más —dijo Richard—. Margaret, ella me persigue. Se me pone detrás en la calle, y me lo mete en la mano. Oigo su paso sobre la ceniza cuando estoy en mi trabajo (¡ja, ja!, eso no es muy a menudo), y antes de que pueda volver la cabeza, su voz me llega al oído diciendo: «Richard, no mires atrás. Por el amor de Dios, dale esto». Me lo trae a donde vivo; me lo envía en cartas; llama con los nudillos a la ventana y lo deja en el alféizar. ¿Qué *puedo* hacer? ¡Mírala!

Sostuvo en la mano un pequeño monedero, y tintineó el dinero que encerraba.

—Escóndelo —dijo Meg—. ¡Escóndelo! Cuando vuelva, dile, Richard, que la amo con toda mi alma. Que jamás me acuesto a dormir sin bendecirla

y rezar por ella. Que, en mi trabajo solitario, nunca dejo de tenerla en mis pensamientos. Que está conmigo, de noche y de día. Que si muriera mañana, la recordaría con mi último aliento. ¡Pero que no puedo mirarlo!

Retiró lentamente la mano, y estrujando el monedero, dijo con una especie de pensativa somnolencia:

—Se lo dije. Se lo dije con toda la claridad que las palabras pueden decir. He devuelto este regalo y lo he dejado en su puerta, una docena de veces desde entonces. Pero cuando vino al fin, y se puso ante mí, cara a cara, ¿qué podía hacer?

—¡La viste! —exclamó Meg—. ¡La viste! ¡Ay, Lilian, mi dulce niña! ¡Ay, Lilian, Lilian!

—La vi —prosiguió él, sin responder, entregado al mismo lento discurrir de sus propios pensamientos—. Allí estaba, temblando. «¿Qué aspecto tiene, Richard? ¿Habla alguna vez de mí? ¿Está más delgada? Mi antiguo sitio en la mesa, ¿qué hay en mi antiguo sitio? Y el bastidor en que ella me enseñó nuestra vieja labor, ¿lo ha quemado, Richard?» Así estaba. Yo la oí decirlo.

Meg contuvo los sollozos y, con las lágrimas corriéndole por los ojos, se inclinó sobre él para escuchar. Para no perder ni un aliento.

Con los brazos apoyados en las rodillas, e inclinado hacia delante en su silla, como si lo que decía estuviera escrito en el suelo en algún carácter a medias legible, que fuera su ocupación descifrar y enlazar, prosiguió.

«Richard, he caído muy bajo; y puedes imaginar cuánto he sufrido al ver que me devuelven esto, cuando yo misma puedo soportar traértelo en mi propia mano. Pero tú la amaste una vez, aun en mi recuerdo, tiernamente. Otros se interpusieron entre vosotros; temores, celos, dudas y vanidades te apartaron de ella; pero la amaste, aun en mi recuerdo». Supongo que sí —dijo, interrumpiéndose un momento—. ¡Sí, la amé! Eso ni quita ni pone... «Ay, Richard, si alguna vez la amaste, si te queda algún recuerdo de lo que se ha ido y se ha perdido, llévaselo una vez más. ¡Una vez más! Dile cómo apoyé mi cabeza en tu hombro, donde podría haber reposado la suya, y cuán humilde fui contigo, Richard. Dile que miraste mi rostro y viste la belleza que ella solía alabar, del todo desaparecida: del todo desaparecida; y en su lugar, una mejilla pobre, pálida y hundida, que a ella le haría llorar el verla.

Díselo todo, y llévaselo de vuelta, y ella no volverá a rehusarlo. ¡No tendrá corazón para ello!».

Así se quedó meditando, y repitiendo las últimas palabras, hasta que despertó de nuevo, y se levantó.

—¿No lo tomarás, Margaret?

Ella negó con la cabeza, y le hizo un gesto suplicante para que la dejara.

—Buenas noches, Margaret.

—¡Buenas noches!

Se volvió a mirarla, conmovido por su pena, y quizá por la compasión hacia él mismo que temblaba en su voz. Fue un gesto rápido y súbito; y por un instante algún destello de su antiguo porte se encendió en su figura. Al momento siguiente, se marchó tal como había venido. Ni este resplandor de un fuego apagado pareció alumbrarle una conciencia más viva de su envilecimiento.

En cualquier estado de ánimo, en cualquier pena, en cualquier tormento de la mente o del cuerpo, el trabajo de Meg debía hacerse. Se sentó a su tarea, y la prosiguió. Noche, medianoche. Ella seguía trabajando.

Tenía un fuego escaso, pues la noche era muy fría, y se levantaba de vez en cuando para avivarlo. Las Campanas dieron las doce y media mientras ella estaba así ocupada; y cuando cesaron, oyó una suave llamada en la puerta. Antes de que pudiera siquiera preguntarse quién estaría allí, a hora tan insólita, la puerta se abrió.

¡Oh, Juventud y Belleza, dichosas como debierais serlo, mirad esto! ¡Oh, Juventud y Belleza, benditas y dispensadoras de bendición a cuanto está a vuestro alcance, y cumplidoras de los designios de vuestro Bienhechor Creador, mirad esto!

Vio la figura que entraba; gritó su nombre; exclamó: «¡Lilian!».

Fue rápida, y cayó de rodillas ante ella, aferrándose a su vestido.

—¡Levántate, cariño! ¡Levántate! ¡Lilian! ¡Mi propia y querida niña!

—Nunca más, Meg; ¡nunca más! ¡Aquí! ¡Aquí! Cerca de ti, aferrada a ti, sintiendo tu querido aliento sobre mi rostro.

— ¡Dulce Lilian! ¡Querida Lilian! Hija de mi corazón... ningún amor de madre puede ser más tierno... ¡apoya tu cabeza sobre mi pecho!

— Nunca más, Meg. ¡Nunca más! Cuando por primera vez miré tu rostro, tú te arrodillaste ante mí. De rodillas ante ti, déjame morir. ¡Que sea aquí!

— Has vuelto. ¡Mi Tesoro! Viviremos juntas, trabajaremos juntas, esperaremos juntas, ¡moriremos juntas!

— ¡Ah! Besa mis labios, Meg; rodéame con tus brazos; estréchame contra tu pecho; mírame con dulzura; pero no me levantes. Que sea aquí. ¡Deja que vea por última vez tu querido rostro, de rodillas!

¡Oh, Juventud y Belleza, dichosas como debierais serlo, mirad esto! ¡Oh, Juventud y Belleza, cumplidoras de los designios de vuestro Bienhechor Creador, mirad esto!

— ¡Perdóname, Meg! ¡Tan querida, tan querida! ¡Perdóname! Sé que lo haces, veo que lo haces, pero dilo, ¡dilo, Meg!

Ella lo dijo, con los labios sobre la mejilla de Lilian. Y con los brazos enlazados en torno a... ya lo sabía ahora... un corazón deshecho.

— Su bendición sobre ti, amor mío. ¡Bésame una vez más! Él permitió que ella se sentara junto a Sus pies, y los secara con sus cabellos. ¡Ay, Meg, qué Misericordia y qué Compasión!

Al morir ella, el Espíritu de la niña, que regresaba, inocente y radiante, tocó al anciano con su mano, y le hizo señas de que se marchara.

CAPÍTULO IV. CUARTO CUARTO

Algún nuevo recuerdo de las figuras espectrales de las Campanas; alguna leve impresión del tañido de las Campanas; alguna vertiginosa conciencia de haber visto reproducirse y reproducirse el enjambre de fantasmas hasta que la memoria de ellos se perdía en la confusión de su número; algún apresurado conocimiento, no sabía cómo llegado a él, de que habían pasado más años; y Trotty, con el Espíritu de la niña acompañándolo, se quedó contemplando a una compañía de mortales.

Compañía gorda, compañía de mejillas sonrosadas, compañía comfortable. No eran más que dos, pero eran lo bastante coloradas por diez. Estaban sentados ante un fuego vivo, con una mesita baja entre ambos; y a menos que la fragancia del té caliente y de los bollos se demorase en aquella habitación más que en la mayoría, la mesa había prestado servicio hacía muy poco. Pero estando limpias todas las tazas y los platillos, y en su debido lugar en el aparador de la esquina, y colgando el tenedor de latón para tostar en su rincón de costumbre y extendiendo sus cuatro dedos ociosos como si quisiera que le tomaran las medidas para un guante, no quedaban otras señales visibles de la comida recién terminada que las que ronroneaban y se lavaban los bigotes en la persona de la gata que se calentaba al fuego, y que relucían en las gráciles, por no decir grasientas, caras de sus dueños.

Aquella acogedora pareja (casada, a todas luces) había hecho un reparto equitativo del fuego entre ambos, y estaban sentados mirando las brasas encendidas que caían en la rejilla; ora dando cabezadas y adormeciéndose; ora despertando de nuevo cuando algún fragmento candente, mayor que los demás, venía traqueteando abajo, como si el fuego bajara con él.

No corría peligro, sin embargo, de extinguirse de repente; pues resplandecía no solo en la pequeña habitación, y en los cristales de la puerta, y en la cortina medio corrida sobre ellos, sino también en la tiendecita del fondo. Una tiendecita del todo atiborrada y atragantada por la abundancia de sus existencias; una tiendecita perfectamente voraz, con unas fauces tan complacientes y llenas como las de cualquier tiburón. Queso, mantequilla, leña, jabón, encurtidos, cerillas, tocino, cerveza floja de mesa, peonzas, golosinas, cometas de niños, alpiste, jamón cocido, escobas de abedul, piedras para el hogar, sal, vinagre, betún, arenques ahumados, artículos de papelería, manteca, salsa de setas, cordones para corsés, hogazas de pan, volantes de bádminton, huevos y pizarrín; todo era pesca que caía en la red de aquella tiendecita glotona, y todos los artículos se hallaban en su red. Cuántas otras clases de menuda mercancía había allí sería difícil decirlo; pero ovillos de bramante, ristras de cebollas, libras de velas, redecillas para coles y cepillos colgaban en manojos del techo, como fruta extraordinaria; mientras que diversos botes raros que exhalaban aromas especiados acreditaban la veracidad de la inscripción sobre la puerta de la calle, que informaba al público de que el dueño de aquella tiendecita era vendedor autorizado de té, café, tabaco, pimienta y rapé.

Echando una ojeada a los artículos que se veían al brillar de la llamarada y al menos alegre resplandor de dos lámparas humeantes que ardían apenas en la propia tienda, como si su plétora les pesara sobre los pulmones; y echando luego una ojeada a una de las dos caras junto al fuego del gabinete, Trotty no tuvo mucha dificultad en reconocer en la corpulenta anciana a la señora Chickenstalker: siempre inclinada a la corpulencia, incluso en los días en que la había conocido como establecida en el ramo de ultramarinos, y teniendo él un pequeño saldo en contra en los libros de ella.

Las facciones de su compañero le resultaron menos fáciles. La gran papada ancha, con pliegues lo bastante hondos para esconder un dedo en ellos; los ojos atónitos, que parecían reprocharse a sí mismos hundirse cada vez más en la grasa blanda de la cara mullida; la nariz aquejada de aquel trastornado funcionamiento de sus facultades que suele denominarse el Romadizo; el cuello corto y grueso y el pecho fatigoso, con otras bellezas por el estilo; aunque aptos para grabarse en la memoria, Trotty no supo al principio adjudicarlos a nadie que hubiera conocido: y sin embargo también los recordaba de algo. Al fin, en el socio de la señora Chickenstalker en el ramo de ultra-

marinos, y en el torcido y excéntrico ramo de la vida, reconoció al antiguo portero de sir Joseph Bowley; un inocentón apoplético que se había asociado en la mente de Trotty con la señora Chickenstalker años atrás, al darle acceso a la mansión donde él había confesado sus deudas para con aquella señora, y había atraído sobre su desdichada cabeza tan grave reproche.

Poco interés tenía Trotty en un cambio como este, después de los cambios que había visto; pero la asociación de ideas es a veces muy fuerte; y miró involuntariamente detrás de la puerta del gabinete, donde solían llevarse con tiza las cuentas de los clientes fiados. No había constancia de su nombre. Algunos nombres había, pero le eran extraños, e infinitamente menos numerosos que antaño; de lo cual dedujo que el portero era partidario de las transacciones al contado, y que al entrar en el negocio había andado bastante avizor tras los morosos de la Chickenstalker.

Tan desolado estaba Trotty, y tan afligido por la juventud y la promesa de su hija malograda, que le fue una pena, incluso, no tener sitio en el libro mayor de la señora Chickenstalker.

—¿Qué clase de noche hace, Anne? —preguntó el antiguo portero de sir Joseph Bowley, estirando las piernas ante el fuego y frotándose de ellas cuanto sus cortos brazos alcanzaban; con un aire que añadía: «Aquí estoy si es mala, y no quiero salir si es buena».

—Sopla y cae aguanieve con fuerza —respondió su mujer—, y amenaza nieve. Oscura. Y muy fría.

—Me alegra pensar que hemos comido bollos —dijo el antiguo portero, con el tono de quien ha dejado tranquila la conciencia—. Es una clase de noche hecha para bollos. Y también para tortas. Y asimismo para bizcochos de Sally Lunn.

El antiguo portero fue mencionando cada clase sucesiva de comestible, como si estuviera haciendo, pensativo, la suma de sus buenas obras. Después de lo cual se frotó las gordas piernas como antes, y sacudiéndolas por las rodillas para que el fuego les diera en las partes aún no asadas, se rio como si alguien le hiciera cosquillas.

—Estás de buen humor, Tugby, querido —observó su mujer.

La firma era Tugby, antes Chickenstalker.

—No —dijo Tugby—. No. No especialmente. Estoy un poco elevado.
¡Los bollos han venido tan a punto!

Con eso se rio entre dientes hasta que se le puso la cara morada; y tanto le costó recobrar cualquier otro color, que sus gordas piernas hicieron las más extrañas excursiones por el aire. Ni volvieron a algo parecido al decoro hasta que la señora Tugby lo golpeó violentamente en la espalda y lo sacudió como si fuera una gran botella.

—¡Santo cielo, bondad divina, Señor ten piedad, bendice y salva a este hombre! —gritó la señora Tugby, muy asustada—. ¿Qué está haciendo?

El señor Tugby se enjugó los ojos, y repitió débilmente que se hallaba un poco elevado.

—Pues no vuelvas a estarlo, sé buena alma —dijo la señora Tugby—, ¡si no quieres matarme del susto, con tus forcejeos y peleas!

El señor Tugby dijo que no lo haría; pero toda su existencia era una pelea en la que, si podía fundarse algún juicio en la creciente falta de aliento y en la púrpura cada vez más honda de su rostro, siempre llevaba las de perder.

—Así que sopla, y cae aguanieve, y amenaza nieve; y está oscuro, y muy frío, ¿eh, querida? —dijo el señor Tugby, mirando al fuego y volviendo a la crema y la médula de su pasajera elevación.

—Tiempo duro, ya lo creo —respondió su mujer, meneando la cabeza.

—¡Ay, ay! Los años —dijo el señor Tugby— son como los cristianos en ese sentido. Unos mueren duro; otros mueren fácil. A este no le quedan muchos días de andadura, y da la pelea. Por eso me gusta más. ¡Un cliente, amor mío!

Atenta a la puerta que traqueteaba, la señora Tugby ya se había levantado.

—¡Vamos a ver! —dijo aquella señora, pasando a la tiendecita—. ¿Qué se desea? ¡Oh! Le pido perdón, señor, de veras. No creí que fuera usted.

Dirigió estas disculpas a un caballero de negro que, con los puños de la camisa remangados, y el sombrero ladeado con desenfado, y las manos en los bolsillos, se sentó a horcajadas sobre el barril de cerveza de mesa, y asintió a su vez con la cabeza.

—Mal asunto ahí arriba, señora Tugby —dijo el caballero—. El hombre no puede vivir.

—¡El del desván de atrás no! —gritó Tugby, saliendo a la tienda para unirse a la conferencia.

—El del desván de atrás, señor Tugby —dijo el caballero—, va bajando la escalera aprisa, y muy pronto estará por debajo del sótano.

Mirando por turnos a Tugby y a su mujer, sondeó el barril con los nudillos para averiguar el nivel de la cerveza, y una vez hallado, tocó una tonada sobre la parte vacía.

—El del desván de atrás, señor Tugby —dijo el caballero, habiendo permanecido Tugby algún tiempo en silenciosa consternación—: se Va.

—Entonces —dijo Tugby, volviéndose hacia su mujer—, tiene que Irse, ¿sabes?, antes de haberse Ido.

—No creo que puedan trasladarlo —dijo el caballero, meneando la cabeza—. Yo no asumiría la responsabilidad de decir que pueda hacerse. Más vale que lo dejen donde está. No puede vivir mucho.

—Es el único asunto —dijo Tugby, dejando caer con estrépito la balanza de la mantequilla sobre el mostrador, al pesar sobre ella su puño— sobre el que jamás hemos tenido una palabra; ella y yo; ¡y mira a qué viene a parar! Al fin y al cabo, se va a morir aquí. Va a morir en las dependencias. ¡Va a morir en nuestra casa!

—¿Y dónde debía haberse muerto, Tugby? —gritó su mujer.

—En el asilo —respondió él—. ¿Para qué se han hecho los asilos?

—No para eso —dijo la señora Tugby, con gran energía—. ¡No para eso! Ni para eso me casé yo contigo. No lo pienses, Tugby. No lo consentiré. No lo permitiré. Antes me separaría, y no volvería a verte la cara. Cuando mi nombre de viuda figuraba sobre esa puerta, como figuró durante muchos años, siendo esta casa conocida como la de la señora Chickenstalker a lo largo y a lo ancho, y jamás conocida sino para su honrado crédito y su buen nombre: cuando mi nombre de viuda figuraba sobre esa puerta, Tugby, yo lo conocí como un joven apuesto, formal, hombría de bien e independiente; a ella la conocí como la muchacha de más dulce mirar y más dulce carácter que ojos vieran; a su padre lo conocí (pobre viejecillo, cayó del campanario

andando dormido, y se mató) como el hombre más sencillo, más trabajador y de corazón más de niño que jamás alentara en vida; y cuando yo los eche de casa y hogar, que los ángeles me echen a mí del Cielo. ¡Como lo harían! ¡Y bien merecido!

Su vieja cara, que había sido rolliza y con hoyuelos antes de los cambios sobrevenidos, parecía irradiar luz al pronunciar estas palabras; y cuando se enjugó los ojos, y sacudió la cabeza y el pañuelo hacia Tugby, con una expresión de firmeza que a todas luces no era fácil de resistir, Trotty dijo: «¡Dios la bendiga! ¡Dios la bendiga!».

Luego escuchó, con el corazón palpitante, lo que había de seguir. Sin saber aún nada, salvo que hablaban de Meg.

Si Tugby había estado un poco elevado en el gabinete, más que compensó aquella cuenta al estar no poco deprimido en la tienda, donde ahora se quedó mirando fijamente a su mujer, sin intentar réplica; trasegando en secreto, no obstante —ya fuera en un arranque de distracción o como medida de precaución—, todo el dinero de la caja a sus propios bolsillos, mientras la miraba.

El caballero encaramado en el barril de cerveza, que parecía ser algún médico autorizado para atender a los pobres, estaba, evidentemente, demasiado acostumbrado a las pequeñas diferencias de opinión entre marido y mujer para interponer comentario alguno en esta ocasión. Se quedó silbando quedo, y dejando caer al suelo, del grifo, gotitas de cerveza, hasta que hubo una calma perfecta; entonces alzó la cabeza y dijo a la señora Tugby, antes Chickenstalker:

—Hay algo interesante en esa mujer, aún ahora. ¿Cómo llegó a casarse con él?

—Pues eso —dijo la señora Tugby, tomando asiento cerca de él— no es la parte menos cruel de su historia, señor. Verá usted, ella y Richard se cortejaron hace muchos años. Cuando eran una pareja joven y hermosa, todo quedó arreglado, y habían de casarse un día de Año Nuevo. Pero, no sé cómo, a Richard se le metió en la cabeza, por lo que los caballeros le dijeron, que podía mejorar, y que pronto se arrepentiría, y que ella no era lo bastante buena para él, y que a un joven de ánimo no le convenía casarse. Y los caballeros la asustaron a ella, y la volvieron melancólica, y temerosa de

que él la abandonase, y de que sus hijos acabaran en la horca, y de que era perverso ser marido y mujer, y mucho más por el estilo. Y, en suma, fueron dando largas y largas, y su confianza mutua se quebró, y así, al fin, se quebró el compromiso. Pero la culpa fue de él. Ella se habría casado con él, señor, gozosa. Muchas veces después vi henchírsele el corazón, cuando él pasaba a su lado con aire altivo y desdeñoso; y jamás mujer alguna se afligió más de veras por un hombre que ella por Richard cuando él empezó a torcerse.

— ¡Ah! Conque se torció, ¿eh? —dijo el caballero, sacando el tapón de respiradero de la cerveza de mesa e intentando atisbar dentro del barril por el agujero.

— Pues, señor, no sé si él se entendía bien a sí mismo, verá usted. Creo que su ánimo estaba turbado por haber roto uno con el otro; y que, de no ser por la vergüenza que sentía ante los caballeros, y acaso también por su incertidumbre sobre cómo lo tomaría ella, habría pasado por cualquier sufrimiento o prueba con tal de recobrar la promesa de Meg y la mano de Meg. Esa es mi creencia. Nunca lo dijo; ¡más lástima! Se dio a la bebida, a la holganza, a las malas compañías: todos los buenos recursos que iban a convenirle mucho más que el Hogar que podría haber tenido. Perdió su buen aspecto, su fama, su salud, sus fuerzas, sus amigos, su trabajo: ¡todo!

— No lo perdió todo, señora Tugby —repuso el caballero—, porque ganó una esposa; y quiero saber cómo la ganó.

— A eso voy, señor, en un momento. Esto siguió años y años; él hundiéndose cada vez más; ella soportando, la pobre, bastantes miserias para consumirle la vida. Al fin, quedó tan abatido, y tan proscrito, que nadie quería emplearlo ni reparar en él; y las puertas se le cerraban, adondequiera que fuese. Solicitando de un sitio a otro, y de puerta en puerta; y llegando por centésima vez a un caballero que lo había probado una y otra vez (fue buen operario hasta el mismísimo final), aquel caballero, que conocía su historia, dijo: «Creo que eres incorregible; solo hay una persona en el mundo que tenga probabilidad de rescatarte; no me pidas que vuelva a fiarme de ti hasta que ella lo intente». Algo así, en su enojo y contrariedad.

— ¡Ah! —dijo el caballero—. ¿Y bien?

—Pues, señor, fue a ella, y se arrodilló ante ella; dijo que así era; dijo que siempre había sido así; y le hizo una súplica para que lo salvara.

—¿Y ella? No se aflija, señora Tugby.

—Aquella noche vino a mí a preguntarme si podía vivir aquí. «Lo que él fue una vez para mí —dijo— está enterrado en una tumba, al lado de lo que yo fui para él. Pero he pensado en esto; y haré la prueba. Con la esperanza de salvarlo; por el amor de la muchacha alegre de corazón (usted la recuerda) que había de casarse un día de Año Nuevo; y por el amor de su Richard». Y dijo que él había acudido a ella de parte de Lilian, y que Lilian había confiado en él, y que ella nunca podría olvidarlo. Así que se casaron; y cuando volvieron aquí a casa, y los vi, deseé que profecías como las que los separaron cuando eran jóvenes no se cumplan a menudo como se cumplieron en este caso, o no querría yo ser quien las hiciera ni por una Mina de Oro.

El caballero se bajó del barril, y se estiró, observando:

—Supongo que la maltrató, en cuanto se casaron.

—No creo que él hiciera nunca tal cosa —dijo la señora Tugby, meneando la cabeza y enjugándose los ojos—. Anduvo mejor por breve tiempo; pero sus hábitos eran demasiado viejos y arraigados para desprenderse de ellos; pronto recayó un poco; e iba recayendo aprisa cuando le sobrevino tan grave la enfermedad. Creo que él siempre ha sentido cariño por ella. Estoy segura de que sí. Lo he visto, en sus accesos de llanto y temblores, intentar besarle la mano; y lo he oído llamarla «Meg», y decir que era su decimonoveno cumpleaños. Ahí ha estado echado, ya van semanas y meses. Entre él y la criatura de ella, la pobre no ha podido hacer su antiguo trabajo; y por no poder ser regular, lo ha perdido, aun cuando hubiera podido hacerlo. ¡Cómo han vivido, apenas lo sé!

—Yo lo sé —masculló el señor Tugby, mirando la caja, y en torno a la tienda, y a su mujer; y meneando la cabeza con inmensa perspicacia—. ¡A cuerpo de rey!

Lo interrumpió un grito —un rumor de lamentación— procedente del piso alto de la casa. El caballero se movió apresurado hacia la puerta.

—Amigo mío —dijo, mirando atrás—, no necesita discutir si debe trasladárselo o no. Le ha ahorrado esa molestia, según creo.

Diciendo esto, subió corriendo la escalera, seguido de la señora Tugby; mientras el señor Tugby jadeaba y refunfuñaba en pos de ellos sin prisa: hallándose más falto de resuello que de costumbre por el peso de la caja, en la que había habido una incómoda cantidad de calderilla. Trotty, con la niña a su lado, subió flotando la escalera como puro aire.

— ¡Síguela! ¡Síguela! ¡Síguela! — oyó a las voces espectrales de las Campanas repetir sus palabras mientras ascendía —. ¡Apréndelo de la criatura más querida de tu corazón!

Había terminado. Había terminado. ¡Y esta era ella, el orgullo y la alegría de su padre! Esta mujer macilenta y desdichada, que lloraba junto a la cama, si merecía ese nombre, y estrechaba contra su pecho, e inclinaba la cabeza sobre, una criatura. ¡Quién puede decir qué enteca, qué enfermiza y qué pobre criatura! ¡Quién puede decir qué querida!

— ¡Gracias a Dios! — gritó Trotty, alzando las manos juntas —. ¡Oh, bendito sea Dios! ¡Ella ama a su hijo!

El caballero, no más duro de corazón ni más indiferente a semejantes escenas que en cuanto las veía a diario, y sabía que eran cifras sin importancia en las sumas de Filer — meros rasguños en la operación de esos cálculos —, posó la mano sobre el corazón que ya no latía, y aguzó el oído en busca del aliento, y dijo: «Su dolor ha terminado. ¡Es mejor así!». La señora Tugby intentó consolarla con bondad. El señor Tugby intentó la filosofía.

— ¡Vamos, vamos! — dijo, con las manos en los bolsillos —, no debe dejarse abatir, ¿sabe? Eso no vale. Hay que sobreponerse. ¿Qué habría sido de mí si yo me hubiera dejado abatir cuando era portero, y teníamos hasta seis aldabonazos dobles de coche — de esos de dar y salir corriendo — a nuestra puerta en una sola noche? ¡Pero eché mano de mi fortaleza de ánimo, y no abrí!

De nuevo oyó Trotty a las voces decir: «¡Síguela!». Se volvió hacia su guía, y la vio elevarse de él, atravesando el aire. «¡Síguela!», dijo. Y se desvaneció.

Él revoloteó en torno a ella; se sentó a sus pies; le buscó en el rostro una sola huella de su antiguo ser; le aguzó el oído en busca de una sola nota de su antigua y grata voz. Revoloteó en torno a la criatura: tan pálida, tan prematuramente vieja, tan terrible en su gravedad, tan lastimera en su débil,

doliente y mísero gemido. Casi la adoró. Se aferró a ella como al único amparo de su hija; como al último eslabón intacto que la ligaba a la resignación. Puso la esperanza y la confianza de padre en la frágil criatura; observaba cada mirada que su hija le dirigía mientras la sostenía en brazos; y gritó mil veces: «¡Ella la ama! ¡Bendito sea Dios, ella la ama!».

Vio a la mujer cuidarla de noche; volver a su lado cuando su tacaño marido dormía, y todo estaba en calma; darle ánimos, verter lágrimas con ella, ponerle alimento delante. Vio llegar el día, y de nuevo la noche; el día, la noche; correr el tiempo; la casa de la muerte librada de la muerte; el cuarto dejado para ella y para la criatura; la oyó gemir y llorar; la vio hostigar a su madre, y agotarla, y cuando ella se adormecía de puro extenuada, arrastrarla de vuelta a la conciencia, y tenerla en el potro con sus manecitas; pero ella le fue fiel, dulce con ella, paciente con ella. ¡Paciente! Su amante madre era, en lo más hondo de su corazón y de su alma, y había trabado su Ser con el de ella como cuando la llevó en su seno sin nacer.

Todo este tiempo, padecía necesidad: languidecía, en dura y consumidora necesidad. Con la criatura en brazos, vagaba de acá para allá, en busca de ocupación; y con aquella carita enjuta reposando en su regazo, y alzando la vista hacia la suya, hacía cualquier trabajo por cualquier suma miserable; una jornada y una noche de labor por tantos ochavos como cifras había en la esfera del reloj. ¡Si hubiera reñido con ella; si la hubiera descuidado; si la hubiera mirado con un instante de odio; si, en el frenesí de un momento, la hubiera golpeado! No. Su consuelo era: la amó siempre.

A nadie contó su extremidad, y vagaba fuera de día para que no la interrogara su única amiga: pues cualquier ayuda que recibía de sus manos ocasionaba nuevas disputas entre la buena mujer y su marido; y era nueva amargura ser la causa diaria de riña y discordia allí donde tanto debía.

La amaba todavía. La amaba cada vez más. Pero un cambio cayó sobre el aspecto de su amor. Una noche.

Le cantaba débilmente en su sueño, y caminaba de un lado a otro para arrullarla, cuando su puerta se abrió con suavidad, y un hombre se asomó.

—Por última vez —dijo.

—¡William Fern!

—Por última vez.

Escuchaba como hombre perseguido; y hablaba en susurros.

—Margaret, mi carrera casi ha terminado. No podía acabarla sin una palabra de despedida contigo. Sin una palabra de agradecimiento.

—¿Qué has hecho? —preguntó ella, mirándolo con terror.

Él la miró, pero no dio respuesta.

Tras un breve silencio, hizo un gesto con la mano, como si apartara su pregunta; como si la desechara; y dijo:

—Fue hace mucho, Margaret, ya; pero aquella noche está tan fresca en mi memoria como siempre lo estuvo. Poco pensábamos entonces —añadió, mirando en derredor— que alguna vez habríamos de encontrarnos así. ¿Tu hija, Margaret? Déjame tenerla en brazos. Déjame sostener a tu hija.

Puso el sombrero en el suelo, y la tomó. Y temblaba al tomarla, de la cabeza a los pies.

—¿Es niña?

—Sí.

Puso la mano ante aquella carita.

—Mira qué débil me he vuelto, Margaret, cuando me falta el valor para mirarla. Déjala un momento. No le haré daño. Fue hace mucho, pero... ¿Cómo se llama?

—Margaret —respondió ella, deprisa.

—Me alegro de eso —dijo él—. ¡Me alegro de eso! —Pareció respirar con más desahogo; y tras detenerse un instante, apartó la mano, y contempló la cara de la criatura. Pero la cubrió de nuevo, al punto.

—¡Margaret! —dijo; y le devolvió la niña—. Es de Lilian.

—¡De Lilian!

—Sostuve esta misma cara en mis brazos cuando la madre de Lilian murió y la dejó.

—¡Cuando la madre de Lilian murió y la dejó! —repitió ella, enloquecida.

— ¡Qué estridente hablas! ¿Por qué clavabas los ojos en mí de ese modo?
¡Margaret!

Ella se dejó caer en una silla, y estrechó a la criatura contra su pecho, y lloró sobre ella. A ratos la soltaba de su abrazo, para mirarle la cara con ansiedad; luego la apretaba de nuevo contra su seno. En aquellos momentos, cuando la contemplaba, era cuando algo fiero y terrible empezaba a mezclarse con su amor. Era entonces cuando su viejo padre se estremecía de espanto.

— ¡Síguela! — resonó por toda la casa —. ¡Apréndelo de la criatura más querida de tu corazón!

— Margaret — dijo Fern, inclinándose sobre ella, y besándola en la frente —: te doy las gracias por última vez. Buenas noches. ¡Adiós! Pon tu mano en la mía, y dime que me olvidarás desde esta hora, y procura pensar que mi fin fue aquí.

— ¿Qué has hecho? — volvió a preguntar ella.

— Habrá un Incendio esta noche — dijo él, alejándose de ella —. Habrá Incendios este invierno, para alumbrar las noches oscuras, al Este, al Oeste, al Norte y al Sur. Cuando veas rojo el cielo a lo lejos, estarán ardiendo. Cuando veas rojo el cielo a lo lejos, no vuelvas a pensar en mí; o, si lo haces, recuerda qué Infierno se encendió dentro de mí, y figúrate que ves sus llamas reflejadas en las nubes. Buenas noches. ¡Adiós! — Ella lo llamó; pero él se había ido. Se quedó sentada, aturdida, hasta que su criatura la despertó a la conciencia del hambre, del frío y de la oscuridad. Paseó el cuarto con ella la noche entera, arrullándola y calmándola. Decía a intervalos: «¡Como Lilian, cuando su madre murió y la dejó!». ¿Por qué era su paso tan rápido, su ojo tan extraviado, su amor tan fiero y terrible, siempre que repetía aquellas palabras?

— Pero es Amor — dijo Trotty —. Es Amor. Nunca dejará de amarla. ¡Mi pobre Meg!

A la mañana siguiente vistió a la niña con esmero inusitado — ¡ah, vano derroche de esmero en tan míseras ropas! —, y una vez más intentó hallar algún medio de vida. Era el último día del Año Viejo. Lo intentó hasta la noche, y nunca rompió su ayuno. Lo intentó en vano.

Se mezcló con una abyecta muchedumbre que aguardaba en la nieve, hasta que a algún funcionario nombrado para dispensar la caridad pública (la caridad legal; no la que una vez se predicó en un Monte) le plugo llamarlos adentro, e interrogarlos, y decir a este: «Ve a tal sitio»; a aquel: «Vuelve la semana que viene»; para hacer un balón de fútbol de otro desdichado, y pasarlo de aquí para allá, de mano en mano, de casa en casa, hasta que se cansaba y se echaba a morir; o se levantaba de un salto y robaba, y así se convertía en una casta superior de criminal, cuyas reclamaciones no admitían demora. También aquí fracasó.

Amaba a su hija, y quería tenerla reposando en su pecho. Y eso bastaba de sobra.

Era de noche: una noche cruda, oscura y cortante; cuando, apretando a la niña contra sí para darle calor, llegó ante la casa que llamaba su hogar. Estaba tan desfallecida y mareada que no vio a nadie de pie en el umbral hasta que estuvo casi encima, y a punto de entrar. Entonces reconoció al dueño de la casa, que se había dispuesto de tal modo —con su corpulencia no era difícil— que llenaba todo el portal.

—¡Oh! —dijo él, quedo—. ¿Has vuelto?

Ella miró a la niña, y meneó la cabeza.

—¿No crees que has vivido aquí bastante tiempo sin pagar renta? ¿No crees que, sin un cuarto, has sido una cliente bastante asidua de esta tienda, a estas alturas? —dijo el señor Tugby.

Ella repitió la misma muda súplica.

—Prueba a comerciar en otra parte —dijo él—. Y prueba a procurarte otro alojamiento. ¡Vamos! ¿No crees que podrías arreglártelas?

Ella dijo en voz baja que era muy tarde. Mañana.

—Ya veo lo que quieres —dijo Tugby—; y lo que pretendes. Sabes que hay dos bandos en esta casa a propósito de ti, y te deleitas en enemistarlos. No quiero riñas; hablo quedo para evitar una riña; pero si no te marchas, hablaré alto, y provocarás palabras lo bastante altas para tu gusto. Pero no entrarás. Eso lo tengo decidido.

Ella se echó el pelo atrás con la mano, y miró de manera repentina al cielo, y a la oscura y amenazadora lejanía.

—Esta es la última noche de un Año Viejo, y no pienso arrastrar rencores y riñas y trastornos a uno Nuevo, para complacerte a ti ni a nadie —dijo Tugby, que era todo un Amigo y Padre al por menor—. Me maravilla que no te dé vergüenza llevar tales prácticas a un Año Nuevo. Si no tienes en el mundo más quehacer que estar siempre cediendo, y armando siempre trastornos entre marido y mujer, más te valdría estar fuera de él. Vete de una vez.

—¡Síguela! ¡A la desesperación!

De nuevo oyó el anciano las voces. Alzando la vista, vio a las figuras cerniéndose en el aire, y señalando por donde ella iba, calle oscura abajo.

—¡Ella la ama! —exclamó, en angustiada súplica por su hija—. ¡Campanas! ¡Todavía la ama!

—¡Síguela! —La sombra barrió el rastro que ella había tomado, como una nube.

Él se unió a la persecución; se mantuvo pegado a ella; le miró la cara. Vio la misma expresión fiera y terrible mezclándose con su amor, y prendiendo en sus ojos. La oyó decir: «¡Como Lilian! ¡Volverme como Lilian!», y su carrera se redobló.

¡Oh, algo que la despertara! ¡Alguna imagen, o sonido, o aroma, que evocara tiernos recuerdos en un cerebro en llamas! ¡Alguna dulce imagen del Pasado, que se alzase ante ella!

—¡Yo fui su padre! ¡Yo fui su padre! —gritó el anciano, tendiendo las manos hacia las oscuras sombras que volaban en lo alto—. ¡Tened piedad de ella, y de mí! ¡Adónde va? ¡Hacedla volver! ¡Yo fui su padre!

Pero ellas solo la señalaban, mientras ella se apresuraba adelante; y decían: «¡A la desesperación! ¡Apréndelo de la criatura más querida de tu corazón!». Cien voces lo repetían como un eco. El aire estaba hecho del aliento gastado en aquellas palabras. Él parecía tragárselas, en cada bocanada que aspiraba. Estaban en todas partes, y no había manera de escapar de ellas. Y aún se apresuraba ella adelante; la misma luz en los ojos, las mismas palabras en la boca: «¡Como Lilian! ¡Volverme como Lilian!». De pronto se detuvo.

—¡Ahora, hacedla volver! —exclamó el anciano, mesándose el blanco cabello—. ¡Mi hija! ¡Meg! ¡Hacedla volver! ¡Gran Padre, hazla volver!

En su propio y escaso chal envolvió, abrigada, a la criatura. Con sus manos febriles le alisó los miembros, le compuso la cara, le arregló la mísera vestidura. En sus brazos consumidos la plegó, como si nunca más fuera a soltarla. Y con sus labios resecos la besó en una angustia final, y última y larga agonía de Amor.

Poniéndose la manecita en el cuello, y sujetándola allí, dentro del vestido, junto a su corazón enloquecido, apoyó contra sí la carita dormida: estrechamente, con firmeza, contra sí: y se lanzó adelante, hacia el Río.

Hacia el Río caudaloso, veloz y sombrío, donde la Noche de Invierno se sentaba cavilando como los últimos pensamientos oscuros de tantos que habían buscado allí un refugio antes que ella. Donde luces dispersas en las orillas brillaban hurañas, rojas y mortecinas, como antorchas que ardieran allí para mostrar el camino a la Muerte. Donde ninguna morada de gente viva proyectaba su sombra sobre la honda, impenetrable y melancólica tiniebla.

¡Al Río! Hacia aquel portal de la Eternidad tendían sus desesperados pasos, con la rapidez de sus raudas aguas corriendo al mar. Él intentó tocarla al pasar ella junto a él, bajando hacia el oscuro nivel del agua; pero la forma desatinada y enloquecida, el amor fiero y terrible, la desesperación que había dejado atrás todo freno o sujeción humana, pasó junto a él como el viento.

La siguió. Ella se detuvo un instante al borde, antes del terrible salto. Él cayó de rodillas, y en un alarido se dirigió a las figuras de las Campanas que ahora se cernían sobre ellos.

—¡Lo he aprendido! —gritó el anciano—. ¡De la criatura más querida de mi corazón! ¡Oh, salvadla, salvadla!

¡Pudo enredar los dedos en el vestido de ella; pudo sujetarlo! Al escapársele las palabras de los labios, sintió que le volvía el sentido del tacto, y supo que la retenía.

Las figuras lo miraron desde lo alto, con fijeza.

— ¡Lo he aprendido! — gritó el anciano — . ¡Oh, tened piedad de mí en esta hora, si, en mi amor por ella, tan joven y buena, calumnié a la Naturaleza en el pecho de las madres llevadas a la desesperación! Compadece mi presunción, mi maldad y mi ignorancia, y salvadla. — Sintió que su sujeción se aflojaba. Ellas seguían calladas.

— ¡Tened piedad de ella! — exclamó — , ¡como de una en quien este espantoso crimen ha brotado del Amor pervertido; del Amor más fuerte y más hondo que nosotras, criaturas caídas, conocemos! ¡Pensad cuál debió de ser su miseria, cuando tal semilla da tal fruto! El Cielo la destinó a ser buena. No hay madre amante sobre la tierra que no pudiera llegar a esto, si tal vida hubiese precedido. ¡Oh, tened piedad de mi hija, que, aun en este trance, quiere piedad para la suya, y muere ella misma, y arriesga su alma inmortal, para salvarla!

Ella estaba en sus brazos. Ahora la sujetaba. Su fuerza era la de un gigante.

— ¡Veo entre vosotras al Espíritu de las Campanas! — gritó el anciano, señalando a la niña, y hablando con cierta inspiración que las miradas de ellas le transmitían — . Sé que nuestra herencia nos la guarda en reserva el Tiempo. Sé que hay un mar del Tiempo que un día ha de alzarse, ante el cual todos los que nos agravan o nos oprimen serán barridos como hojas. ¡Lo veo, en su crecida! Sé que debemos confiar y esperar, y ni dudar de nosotros mismos, ni dudar del bien que hay unos en otros. Lo he aprendido de la criatura más querida de mi corazón. La estrecho de nuevo en mis brazos. ¡Oh, Espíritus misericordiosos y buenos, tomo vuestra lección contra mi pecho junto con ella! ¡Oh, Espíritus misericordiosos y buenos, os estoy agradecido!

Habría podido decir más; pero las Campanas, las viejas y familiares Campanas, sus propias amigas queridas, constantes y firmes, las Campanas, empezaron a tañer los repiques de júbilo por un Año Nuevo: tan lozamente, tan alegremente, tan felizmente, tan jubilosamente, que se puso en pie de un salto, y rompió el hechizo que lo tenía preso.

* * * * *

— Y hagas lo que hagas, padre — dijo Meg — , no vuelvas a comer callos sin preguntar a algún médico si es probable que te sienten bien; porque

¡cómo *has* estado, cielo santo!

Trabajaba con la aguja, en la mesita junto al fuego; adornando con cintas su sencillo vestido para la boda. Tan serenamente feliz, tan lozana y juvenil, tan llena de hermosa promesa, que él lanzó un gran grito como si fuera un Ángel en su casa; y luego voló a estrecharla en sus brazos.

Pero se le enredaron los pies en el periódico, que había caído sobre el hogar; y alguien entró precipitándose entre ellos.

— ¡No! — gritó la voz de ese mismo alguien; ¡una voz generosa y jovial era! —. Ni siquiera tú. Ni siquiera tú. El primer beso de Meg en el Año Nuevo es mío. ¡Mío! Llevo una hora esperando ahí fuera, para oír las Campanas y reclamarlo. Meg, mi preciado premio, ¡feliz año! ¡Una vida de años felices, esposa mía querida!

Y Richard la ahogó a besos.

En toda tu vida viste nada como Trotty después de esto. No me importa dónde hayas vivido ni qué hayas visto; ¡en toda tu vida no viste nada que ni de lejos se le pareciera! Se sentaba en su silla y se golpeaba las rodillas y lloraba; se sentaba en su silla y se golpeaba las rodillas y reía; se sentaba en su silla y se golpeaba las rodillas y reía y lloraba a la vez; se levantaba de la silla y abrazaba a Meg; se levantaba de la silla y abrazaba a Richard; se levantaba de la silla y los abrazaba a los dos a un tiempo; corría una y otra vez hacia Meg, y le apretaba la cara fresca entre las manos y se la besaba, apartándose de ella hacia atrás para no perderla de vista, y volviendo a acudir corriendo como una figura de linterna mágica; e hiciera lo que hiciese, sin cesar iba a sentarse en su silla, y no paraba en ella un solo instante; estando —esa es la verdad— fuera de sí de alegría.

— ¡Y mañana es tu día de boda, tesoro mío! — gritó Trotty —. ¡Tu verdadero y feliz día de boda!

— ¡Hoy! — gritó Richard, estrechándole la mano —. Hoy. Las Campanas están repicando el Año Nuevo. ¡Óyelas!

¡Estaban repicando! ¡Bendito sea su recio corazón, estaban repicando! ¡Grandes Campanas como eran; melodiosas, de voz honda, nobles Campanas; fundidas en ningún metal común; hechas por ningún fundidor común; cuándo habían tañido así, jamás!

—Pero hoy, tesoro mío —dijo Trotty—. Tú y Richard habéis tenido unas palabras hoy.

—Porque es un mal sujeto, padre —dijo Meg—. ¿A que sí, Richard? ¡Qué hombre más testarudo y violento! No le habría costado más decirle lo que pensaba a ese gran Concejal, y ponerlo *a él* en no sé dónde, que...

—...Besar a Meg —sugirió Richard. ¡Y haciéndolo, además!

—No. Ni pizca más —dijo Meg—. Pero no se lo consentí, padre. ¡De qué habría servido!

—¡Richard, muchacho! —gritó Trotty—. ¡De origen saliste Triunfo; y Triunfo has de ser hasta que mueras! Pero ¡estabas llorando junto al fuego esta noche, tesoro mío, cuando llegué a casa! ¿Por qué llorabas junto al fuego?

—Pensaba en los años que hemos pasado juntos, padre. Solo en eso. Y pensaba que quizá me echaras de menos, y te quedaras solo.

Trotty retrocedía otra vez hacia aquella extraordinaria silla, cuando la niña, a quien el ruido había despertado, entró corriendo a medio vestir.

—¡Anda, aquí está! —gritó Trotty, cogiéndola en brazos—. ¡Aquí está la pequeña Lilian! ¡Ja, ja, ja! ¡Aquí estamos y allá vamos! ¡Oh, aquí estamos y allá vamos otra vez! ¡Y aquí estamos y allá vamos! ¡Y el tío Will también! —Deteniéndose en su trotecillo para saludarlo de corazón—. ¡Oh, tío Will, la visión que he tenido esta noche, por hospedaros a ti! ¡Oh, tío Will, las obligaciones en que me has puesto, con tu venida, buen amigo mío!

Antes de que Will Fern pudiera hacer la menor respuesta, una banda de música irrumpió en el cuarto, seguida de un montón de vecinos que gritaban: «¡Feliz Año Nuevo, Meg!», «¡Feliz Boda!», «¡Que cumplas muchos!», y otros fragmentarios buenos deseos por el estilo. El Tambor (que era amigo particular de Trotty) se adelantó entonces, y dijo:

—¡Trotty Veck, muchacho! Se ha corrido la voz de que tu hija se casa mañana. No hay alma que te conozca que no te desee lo mejor, o que la conozca a ella y no le desee lo mejor. O que os conozca a los dos, y no os desee a ambos toda la dicha que el Año Nuevo pueda traer. Y aquí estamos, para tocarla y bailarla como corresponde.

Lo cual fue acogido con un clamor general. El Tambor, dicho sea de paso, estaba bastante bebido; pero no importa.

—¡Qué dicha es, de veras —dijo Trotty—, verse tan estimado! ¡Qué amables y buenos vecinos sois! Todo es por mi querida hija. ¡Ella se lo merece!

Estuvieron listos para un baile en medio segundo (Meg y Richard a la cabeza); y el Tambor estaba a punto mismo de aporrear con toda su fuerza; cuando se oyó fuera una combinación de sonidos prodigiosos, y una mujer bien plantada y de buen humor, de unos cincuenta años, poco más o menos, entró corriendo, acompañada de un hombre que portaba un cántaro de piedra de tamaño pavoroso, y seguida de cerca por los huesos y cuchillas, y las campanillas; no *las* Campanas, sino una colección portátil sobre un bastidor.

Trotty dijo: «¡Es la señora Chickenstalker!». Y se sentó y volvió a golpear las rodillas.

—¡Casarte, y no decírmelo, Meg! —gritó la buena mujer—. ¡Nunca! No podía descansar en la última noche del Año Viejo sin venir a darte la enhorabuena. No habría podido, Meg. Ni aunque hubiera estado postrada en cama. Así que aquí estoy; y como es Nochevieja, y la víspera de tu boda también, querida, mandé hacer un poco de ponche caliente, y lo he traído conmigo.

La idea que la señora Chickenstalker tenía de un poco de ponche hacía honor a su carácter. El cántaro humeaba y echaba vaho y bufaba como un volcán; y el hombre que lo había cargado estaba desfallecido.

—¡Señora Tugby! —dijo Trotty, que había estado dando vueltas y vueltas en torno a ella, en un éxtasis—. Debería decir Chickenstalker... ¡Bendita sea tu alma y tu corazón! ¡Feliz Año Nuevo, y que cumplas muchos! Señora Tugby —dijo Trotty cuando la hubo saludado—; debería decir Chickenstalker... Estos son William Fern y Lilian.

Para sorpresa de Trotty, la digna señora se puso muy pálida y muy colorada.

—¡No será Lilian Fern, cuya madre murió en Dorset! —dijo.

Su tío respondió «Sí», y encontrándose ambos con precipitación, cruzaron unas apresuradas palabras; cuyo resultado fue que la señora Chickenstalker le estrechó las dos manos; saludó a Trotty en la mejilla otra vez por su propia voluntad; y tomó a la niña contra su amplio pecho.

— ¡Will Fern! —dijo Trotty, ajustándose la bufanda de la mano derecha —. ¿No es el amigo que esperabas encontrar?

— ¡Sí! —repuso Will, poniendo una mano en cada hombro de Trotty—. Y con trazas de resultar casi tan buena amiga, si eso es posible, como uno que ya encontré.

— ¡Oh! —dijo Trotty—. Tocad ahí, hacednos el favor. ¿Tendréis la bondad?

A la música de la banda, y las campanillas, y los huesos y cuchillas, todos a un tiempo; y mientras las Campanas seguían aún en lozana operación puertas afuera; Trotty, poniendo a Meg y a Richard de segunda pareja, se lanzó a abrir el baile con la señora Chickenstalker, y lo bailó en un paso desconocido antes o después; fundado en su propio y peculiar trotecillo.

¿Habrás soñado Trotty? ¿O son sus alegrías y penas, y quienes las protagonizan, sino un sueño; él mismo un sueño; el que cuenta este relato un soñador, que solo ahora despierta? Si es así, oh lector, querido para él en todas sus visiones, procura tener presentes las duras realidades de que proceden estas sombras; y en tu esfera —ninguna es demasiado ancha, ni ninguna demasiado limitada para tal fin— esfuérzate por corregirlas, mejorarlas y suavizarlas. Así sea el Año Nuevo feliz para ti, feliz para muchos más cuya felicidad depende de ti. Así sea cada año más feliz que el anterior, y no se vea el más humilde de nuestros hermanos o hermanas privado de la parte que legítimamente le corresponde en lo que nuestro gran Creador los formó para gozar.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB